

DETRÁS DE LA POBREZA

**CREENCIAS
DE LOS GRUPOS
SOCIOECONÓMICOS
EN VENEZUELA**





©Asociación Civil para la Promoción de Estudios Sociales, 2004
©Universidad Católica Andrés Bello, 2004

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales
Urbanización Montalbán - La Vega. Av. Intercomunal
Edificio de Post-Grado, 1er. piso. Apartado Postal 20.332
Caracas 1020 - Venezuela
Teléfonos: 58-(212)-4074173 Fax: 58-(212)-4074349
hvillami@ucab.edu.ve
www.ucab.edu.ve

Luis Ugalde, sj	<i>Rector</i>
Lorenzo Caldentey	<i>Vice-rector Administrativo</i>
Myriam López de Valdivieso	<i>Vice-rectora Académica</i>
Gustavo Sucre sj	<i>Secretario</i>

Prohibida la reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso escrito de
la **Asociación Civil para la Promoción
de Estudios Sociales** y de la **Universidad
Católica Andrés Bello**.

ISBN: 980-244-389-1
Depósito Legal: if45920043001920

Primera Edición: 2004

Impreso en Venezuela
Printed in Venezuela



Luis Ugalde sj
*Rector de la Universidad
Católica Andrés Bello*

Luis Pedro España N.
*Coordinador del Proyecto
Estudio sobre la Pobreza
en Venezuela*

*Director del Instituto de
Investigaciones Económicas
y Sociales de la UCAB*

Asesores académicos
Mikel De Viana sj
Alberto Gruson
Pascuale Nicodemo

Investigadores
Luis Pedro España N.
Lisette González
Tito Lacruz
Néstor Luis Luengo
María Gabriela Ponce
Rafael Suárez

Cálculos y estadísticas
Harold Martín Caro
Lisette González
Tito Lacruz
Pascuale Nicodemo
María Gabriela Ponce
Rafael Suárez

Muestristas
Harold Martín Caro
Pascuale Nicodemo

Base de datos
Juan Francisco Álvarez
Lisette González
José Luis Fernández
María Gabriela Ponce
Rafael Suárez

**Asistentes
y supervisores de campo**
Andrés Chang y Asociados
Gustavo Briceño
Zuly Hernández
Silvia Malony
Ingrid Rodríguez
Enma Salazar
Haydée Vásquez

Asesores del Estudio
Alejandro Castillo
Andrés Espiñeira
Gustavo Galdo
Manuel Puyana
Luis Ugalde sj
Luis Vezga Godoy

Profesores Consultados
Marcelino Bisbal
Chi-yi Chen
Antonio Cova
Mercedes Pulido de Briceño
Eduardo Ortiz F.
Víctor Maldonado
Blas Regnault

**Coordinación editorial
y diseño gráfico**
María de Lourdes Cisneros

Coordinación fotográfica
Roberto Mata
Leo Álvarez

Selección fotográfica
Luis Pedro España
María de Lourdes Cisneros

Corrección de Textos
Eduardo Ortiz F.
Patricia Soteldo R.

Fotógrafos



LUIS UGALDE

LUIS PEDRO ESPAÑA

TITO LACRUZ

MIKEL DE VIANA

LISSETTE GONZÁLEZ

NÉSTOR LUIS LUENGO

MARÍA GABRIELA PONCE

DETRÁS DE LA POBREZA



1. **Introduction**

2. **Background**

3. **Methodology**

4. **Results**

5. **Discussion**

6. **Conclusion**

7. **References**

8. **Appendix**

9. **Index**

10. **Summary**



PRESENTACIÓN	
CULTURA Y PRODUCCIÓN / <i>LUIS UGALDE SJ</i>	11
ENSAYO INTRODUCTORIO	
LA CULTURA Y LAS CAUSAS DE LA POBREZA EN VENEZUELA / <i>LUIS PEDRO ESPAÑA N.</i>	27
CULTURA Y POBREZA	29
LA CULTURA ¿CAUSA O CONSECUENCIA DE LA POBREZA?	34
LA CULTURA COMO CONSECUENCIA	36
LA CULTURA COMO CAUSA	38
LO QUE DICEN LOS RESULTADOS	42
COMENTARIOS SOBRE LA DIVERSIDAD CULTURAL EN VENEZUELA	47
LA CULTURA VS. OTRAS CAUSAS DE LA POBREZA	49
DE QUÉ DEPENDEN LAS ACTITUDES ENCONTRADAS EN LOS VENEZOLANOS	53
...Y ¿SON POSIBLES DE CAMBIAR?	57
PREFACIO / <i>TITO LACRUZ</i>	61
<hr/>	
INTRODUCCIÓN	
LA POBREZA Y LOS MODOS DE ACTUAR DE LA GENTE	67
PARTE UNO	
ANÁLISIS DE DATOS DE LA ENCUESTA DEL PROYECTO POBREZA	77
LA ENCUESTA	79
LOS TIPOS CULTURALES	81
EL LOCUS DE CONTROL	82
LAS REFERENCIAS VALORATIVAS	86
LA CONFIANZA	91
LA TIPOLOGÍA FINAL	94
CARACTERIZACIÓN DESCRIPTIVA DE LOS TIPOS CULTURALES	100
EL PESO DE LAS VARIABLES EN LA ORIENTACIÓN ACTITUDINAL	120
UN ANÁLISIS AL INTERIOR DE LOS TIPOS CULTURALES	124
CONCLUSIONES: QUÉ NOS DICEN LOS DATOS	132
PARTE DOS	
CONSIDERACIONES PARA UN ESTUDIO DEL NEXO ENTRE POBREZA Y CULTURA	135
LAS RELACIONES ENTRE CONDICIONES DE VIDA Y ORIENTACIONES MODERNAS	137
LOS CAMPOS DE LA VIDA SOCIAL	140
LOS CAMPOS DE ACCIÓN PARA LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA	149
DEMOCRACIA Y POBREZA	157
EL ASPECTO SOCIOCULTURAL DE LA VIDA SOCIAL	161
POBREZA Y MUNDO SOCIOCULTURAL	166
DE LA INTERACCIÓN INDIVIDUAL A LA CONFIGURACIÓN SOCIETAL	170
LA RELACIÓN ENTRE POBREZA Y CULTURA: LOS MITOS DE PARTIDA	175
VENEZUELA: RIQUEZA PATRIMONIAL Y DEBILIDAD INSTITUCIONAL	179
<i>ELITES</i> Y RENTISMO VENEZOLANO	186
<i>PLOWING THE SEA: ELITES VENEZOLANAS Y MODELOS MENTALES</i>	189
POBREZA Y MODERNIDAD	192
CONCLUSIONES	
EL CAMBIO SOCIOCULTURAL Y LA SUPERACIÓN DE LA POBREZA	197
ANEXOS	
A: LOS MÉTODOS FACTORIALES Y LA CLASIFICACIÓN DE DATOS	211
B: LA CLASIFICACIÓN INTERNA DE LOS TIPOS CULTURALES	227
<hr/>	
HISTORIA DE UNA INVESTIGACIÓN	
AGRADECIMIENTOS, CRÉDITOS Y ANÉCDOTAS / <i>LUIS PEDRO ESPAÑA N.</i>	241
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	255
CRÉDITOS DE LAS FOTOGRAFÍAS	261
<hr/>	



CULTURA Y PRODUCCIÓN

Cuando en la Universidad Católica Andrés Bello emprendimos el estudio sobre la superación de la pobreza en Venezuela, nuestro interés residía en encontrar puntos claves para luego orientar una acción que permitiera revertir la actual tendencia a la exclusión y empobrecimiento que venía avanzando de manera indetenible en los últimos dieciocho años, que ahora van a llegar a 25.

El estudio de la enfermedad y sus causas no era para alimentar interminables debates académicos, sino para proponer con urgencia a la sociedad venezolana cambios de diversos elementos que configuran la sociedad y perpetúan esas tendencias. Los agrupamos en tres: políticas económico-sociales, cultura productiva e instituciones. Parecían totalmente insuficientes las políticas sociales y económicas vigentes en Venezuela y en otros países, para transformarlas en sociedades que en conjunto sean productoras de más riqueza y mejor distribuida. Nos parecía que las políticas sociales trataban de remediar a pequeña escala males que la sociedad seguía produciendo de manera creciente y a gran escala. El agua, lejos de achicarse, amenazaba con hundir el bote.

Uno de los aspectos más difíciles de comprender adecuadamente es la relación entre cultura y producción, entre cultura y desarrollo económico social. Sin embargo, nos parecía im-

prescindible abordarla. Luego de un análisis de las diversas teorías sobre este punto, el equipo de la UCAB emprendió un ambicioso estudio de campo acerca de lo que, consciente o inconscientemente, la sociedad venezolana siente y valora sobre la producción y sus causas, y de cómo se ve a sí misma como productora de bienes y servicios sociales de calidad, cuya carencia actual la hace pobre.

Los temas de cultura y valores están minados de percepciones, de creencias y de apreciaciones profundamente distorsionadas por racismos disfrazados y prejuicios sociales. En general las sociedades que, por diversas razones, se han desarrollado antes y más exitosamente, tienden a atribuirse superioridades naturales, culturales o morales, contrapuestas a supuestas inferioridades de los que son más pobres. Desde luego, las diferencias en el desarrollo de unos y de otros tienen causas explicativas, pero también hay prejuicios que, lejos de ayudar a la comprensión causal de los hechos, la obstaculizan. Estos prejuicios han sido bastante generales en regiones económicamente más avanzadas de un mismo país con respecto a las otras, y también de unos países hacia otros. Esto se ve, por ejemplo, en regiones de Italia y España o en ciertos países anglosajones en relación a los latinos, o los centroeuropeos frente a los mediterráneos. De prejuicios y de supuestas explicaciones científicas estaba lleno el mundo. De manera que los que no fueran anglosajones y protestantes o ni siquiera fueran europeos (como los africanos, los asiáticos o los latinoamericanos) serían culturalmente (o racialmente) negados para el desarrollo; aunque tal vez se podrían salvar si aceptaran convertirse en receptores de las “buenas culturas” de los otros.

Luego de ver el último medio siglo de desarrollo del sudeste asiático, los éxitos de italianos y polacos en Estados Unidos, el caso del Japón o el desarrollo vertiginoso de Irlanda, Italia o España, más recientemente, o la actual aceleración del crecimiento y del desarrollo en China y en la India, tenemos más sospechas que nos ponen en guardia ante etnocentrismos prejuiciados que hacen de la laboriosidad, honradez y productividad, virtudes de algunos predestinados dentro de cada país o de algunos países del mundo.

En cambio, el tiempo ha reforzado la apreciación de que el paso de sociedades (o de sectores de la sociedad) pobres con economías subdesarrolladas y de baja productividad a su superación, dejando atrás la pobreza, implica un profundo cambio cultural en su relación con el hecho productivo. Es decir, una Venezuela que supere la pobreza necesariamente tendrá una actitud y valoración del hecho productivo y de su papel en el desarrollo muy distinta de la que actualmente prevalece en nuestro país. En ese sentido conviene preguntarse si hay entre nosotros visiones de la realidad, valoraciones productivas prácticas e instituciones que refuerzan la pobreza y otras contrapuestas que ayudan a superarla. Aparece clara la importancia de los cambios institucionales o la creación de instituciones orientadas a la modernización exitosa.

Advertimos que el estudio que presentamos no está centrado en la “cultura de los pobres”, de los sectores de menores ingresos, sino en la cultura productiva predominante en la sociedad venezolana, en sus empresarios, políticos, trabajadores, amas de casa, excluidos, universitarios... Qué es lo que da prestigio, qué es lo que se premia y estimula o se castiga en lo referente a más y mejor producción. Nuestro estudio no se reduce a la producción en la empresa, sino en todas las dimensiones de la sociedad: la producción del médico y del juez en sus profesiones, la del empresario, la del trabajador informal y formal, la del alcalde y la del presidente. ¿Cuáles son sus valores productivos? ¿Cómo aprecian ellos el papel de su personal competencia y desempeño para el logro de metas propuestas? ¿Qué papel juega su preparación y trabajo y disciplina en la superación y en el logro? ¿Cómo valora los bienes materiales y la satisfacción de necesidades vitales que en países en pobreza están fuera del alcance y relegan a grandes sectores de la población a la miseria, malestar e ingobernabilidad? ¿Qué importancia estratégica da la sociedad a la creación o al rescate de instituciones de valor estratégico para inducir el desarrollo?

No nos interesa mucho entrar en la pantanosa discusión de si primero hay que cambiar la cultura productiva para luego elevar la productividad real o si primero hay que cambiar los bueyes de la economía para que mueva la carreta de la cultura.

Nuestro interés está en acorralar a la pobreza (como lo hicimos hace medio siglo con el paludismo) atacándola desde todos los frentes a la vez y de manera combinada. Normalmente los países exitosos en el cambio (países que fueron pobres como Alemania, Noruega o Suiza) desarrollaron políticas económicas, actitudes empresariales, instituciones modernas, capacitación y valores de los trabajadores, factores que juntos conspiraban para el logro de un mejor desarrollo institucional, cultural, educativo, político y empresarial, capaz de producir la superación de la pobreza.

Parece ser que en sociedades con abundancia de recursos naturales de alto valor estratégico para el desarrollo mundial o de otros países, se abre la posibilidad de acceder al consumo desarrollado, sin el correspondiente desarrollo productivo, cultural e institucional. Esta aparente incongruencia es más visible en algunos países petroleros: las exportaciones de una actividad económica que ocupa a una parte ínfima de la población (digamos menos del 1% de los trabajadores del país) permite importar consumo de alto nivel para una buena parte de la sociedad. La visión sobre el Estado propietario y distribuidor de esa riqueza nacional ya existente, su “responsabilidad” omnipotente en la superación de la pobreza, marcan profundamente el subdesarrollo de las instituciones públicas y los valores democráticos y productivos, al tiempo que afectan las convicciones de la población en el papel de sus propias capacidades, su responsabilidad y su desempeño en la superación de la pobreza.

Estamos convencidos de que cada venezolano tiene sus pre-juicios y opiniones ya formadas sobre este problema, de compleja comprensión y de difícil cambio. Estos prejuicios pueden impedir una sana comprensión y bloquear un trabajo serio, coherente y sistemático para los cambios culturales e institucionales necesarios para la superación de la pobreza. Cambios que valoren y estimulen la responsabilidad, el desempeño, la capacitación y las oportunidades para que la gran mayoría de la sociedad aprecie su papel en la superación de la pobreza y se sienta con posibilidades, estímulos e instituciones para hacerlo. El tema es complejo y nos complace presentar este estudio que consideramos de gran valor porque incursiona en un campo imprescindible y poco explora-

do entre nosotros; lo hace con rigor metodológico en la recolección de la información, sin simplificaciones en su análisis y con coherencia intelectual en la presentación.

Pudiéramos hacer una objeción al énfasis en el factor petrolero en la cultura productiva y la omisión de la herencia histórica. Pareciera que hay factores culturales, religiosos e institucionales, comunes a los países latinoamericanos que inciden negativamente en la pobreza. Esos factores se dan tanto en Venezuela (país petrolero), como en otros países latinoamericanos que no lo son. Más aún, pareciera que en la Venezuela anterior a la explotación petrolera (digamos antes de 1920) también estaban presentes. ¿No será al contrario, que la actividad petrolera y los ingresos superiores que ella produce no fueron utilizados de manera adecuada para producir desarrollo sostenido y equilibrado, porque se dieron en un país con cultura secular negativa frente al hecho productivo?

Creemos que la pregunta es válida y sin pretender responderla, nos permitimos proponer al lector algunos hechos y reflexiones que pueden ser tomados a manera de hipótesis y también de provocación reflexiva.

Es sabido que España con el desarrollo de su imperio perdió ya en el siglo XVI su incipiente impulso hacia la industria manufacturera. Su condición hegemónica le llevó a interminables y agotadoras guerras en Europa y la base para mantenerlas y de reclutar ejércitos era el oro y la plata de las colonias americanas. Esta economía minera utilizada para sostener ejércitos llevó a España a descuidar su desarrollo productivo, reforzó a la nobleza rentista y no a la naciente burguesía comercial e industrial. Contribuyó también al afianzamiento de una visión política con fuerte presencia estatal burocrática y perpetuó visiones religiosas más feudales que modernas en relación al hecho productivo.

En las más prósperas colonias americanas como los Virreinos de México y de Perú se reprodujo la rígida sociedad estamental española basada en las riquezas minerales y reforzada por la despiadada subordinación del mundo indígena. En sociedades más pobres como la de Tierra Firme (Venezuela actual), en los primeros dos siglos (aproximadamente de 1528 a

1728) prevalece la economía agrícola de subsistencia. Venezuela (por su pobreza) no fue codiciada por los hijos de la nobleza española, y quedó en manos de labriegos que aspiraban a salir de su pobreza en España, tener tierras propias y lograr la condición de hidalgos. Este camino apuntaba en sus aspiraciones de ascenso hacia la nobleza rentista del que se tomaban los signos de éxito y de prestigio social.

En el siglo XVIII en las colonias americanas cobró especial fuerza la economía de plantación por su valor estratégico en el mercado europeo: plantaciones de caña de azúcar, de cacao, de algodón, tabaco, añil, etc., orientadas al mercado internacional. Con la economía de plantación perdió importancia la mano de obra indígena (la encomienda) y aumentó la esclavitud de millones de africanos, cazados, comprados y traídos de manera forzada.

Es significativo que la principal compañía que crea España en el siglo XVIII con esquemas modernizadores es la Compañía Guipuzcoana de Caracas (1728) en la que la Corona se asocia a comerciantes y productores vascos y les concede el monopolio del comercio de cacao de Venezuela, que se extendió a los demás productos de interés comercial exportador, estimuló la producción y mejoró la infraestructura de vías y de puertos para la exportación. En la práctica esto estimuló la presencia vasca con agricultores, comerciantes y funcionarios que tuvieron también cierto control de la política. Aunque este monopolio duró cerca de 40 años, sus efectos y la presencia vasca en Venezuela fue más duradera.

En consecuencia se produjeron en la segunda mitad del siglo XVIII dos fenómenos contrarios. Por una parte la compra tardía (pues no había antes) de títulos y prebendas nobiliarias por parte de criollos con mentalidad rentista y por otra una nueva migración peninsular con mentalidad de productores, emprendedores, formada por vascos, catalanes y canarios. A comienzos del siglo XIX, en vísperas de la Guerra de la Independencia, están presentes en las *elites* venezolanas las dos mentalidades: la que desdeñaba y hasta discriminaba socialmente el hecho productivo directo, por considerarlo indigno de la nobleza y del estamento “mantuano”, por un lado, y por otro la de productores y empresarios innovadores. No

es que las contradicciones fueran absolutas, pues no pocos de los nuevos emprendedores casaron con hijas de la “nobleza” criolla (los títulos nobiliarios no pasaron de cinco, pero la mentalidad era más amplia) y las familias ricas que tenían prohibido dedicarse a “trabajos bajos y serviles”, como el comercio, hicieron excepción del comercio de exportación a gran escala y algunos se hicieron accionistas de la Compañía Guipuzcoana.

El estamento alto lo ocupaban aproximadamente un 10% de blancos llamados mantuanos, separados por barreras sociales y legales de los artesanos, agricultores, productores en general y comerciantes que por realizar “oficios bajos y serviles” trabajando con las manos eran “blancos de orilla”, asimilados a los pardos (mestizos de blanco y negro) marcados por la “mancha” de la esclavitud en sus antepasados. Por ejemplo los hijos de quienes ejercían trabajos considerados “bajos y serviles” no podían acceder a los estudios universitarios ni a los eclesiásticos.

Es de notar que en Venezuela, de manera muy tardía la Corona española vendía títulos nobiliarios y otras prebendas en los mismos días en que la Revolución Francesa los suprimía. Al mismo tiempo la economía de plantación (sobre todo de cacao) y el comercio exterior, tenían una actividad y un auge extraordinarios y traía también aperturas intelectuales e inquietudes políticas que llevarían a la declaración de Independencia. Para 1810 las ideas liberales ya estaban actuando tanto en lo político como en lo económico. Figuras destacadas en la Primera República (1811-12), como Juan Germán Roscio, expresaban con claridad que la riqueza de la nación no consistía en la cantidad de oro y de plata que tuviera, sino en la suma de la producción de sus gentes.

Como muestra de la prevaleciente mentalidad rentista y el contraste de ésta con la nueva mentalidad productora de vascos, catalanes y canarios, presentamos algunas observaciones del francés Francisco Depons, que como agente de Napoleón vivió en Venezuela de 1801 a 1804, en su libro “Viaje a la Parte Oriental de Tierra Firme en la América Meridional”, publicado en París en 1806. Depons observa que los dueños de las haciendas...

“...principalmente y de ordinario residen en las ciudades, donde todo propietario tiene su casa y su familia. El ajuar, el número de criados, los gastos, en una palabra se disponen de

acuerdo con el producto de la hacienda pero no dejan de calcular éste al tipo del año más fértil y abundante. Por consiguiente, sólo por excepción, las entradas son mayores que los gastos y en vez de economizar para mejorar el cultivo, se cargan de deudas y las achacan al mal tiempo y a deficiencia de las leyes, cuando sólo se debe a la falta de orden de los hacendados”.

Esta actitud típica del rentista que no “economiza para mejorar el cultivo” sino que todo lo destina al consumo, denota la ausencia de una mentalidad capitalista burguesa que en muchos aspectos de la agricultura venezolana ha durado hasta nuestros días, en contraste con el surgimiento de sectores de alta inversión y plenamente innovadores.

Pero no se trata sólo del ausentismo y de falta de inversión, sino que la actividad productiva era una deshonra para el hidalgo y el mantuano venezolano. Así se resalta en el significativo relato de Depons.

“El hacendado que una vez al año visita sus haciendas, está satisfecho de haberse ocupado bastante de sus intereses. A menudo, ni siquiera se ha enterado de los trabajos que se practican en su finca. Recuerdo que una vez le pregunté a un doctor español que acababa de pasar dos meses en su hacienda de caña, si el tiempo era bueno para las plantas, se daba buena azúcar, en una palabra, si su industria marchaba bien. Me respondió, sonriendo desdeñosamente, que de esos detalles se ocupaba su administrador; y todos los presentes tomaron cartas en el asunto para indicarme seriamente que el señor doctor sólo iba a sus haciendas por placer y por gozar del buen clima y no a vigilar sus intereses ni a ocuparse de la administración de ella. Hube de presentarle inmediatamente y con toda solemnidad mis excusas: Quedé confundido por haber molestado a un propietario español con preguntas que hubieran halagado al más poderoso de los hacendados franceses. Un país donde se desdeña de tal modo la agricultura, es indigno de los favores de la naturaleza”.

El desprestigio social de los trabajos productivos llevaba a desentenderse de su gerencia al más alto nivel. Por eso, siguiendo el relato de Depons, “... [La] administración de las haciendas de Tierra Firme se confía a negros o a mulatos, rara vez a isleños blancos; pero nunca a criollos, porque éstos prefieren

el ocio de los claustros, el atractivo de las charreteras o el laberinto de los tribunales a los nobles trabajos del campo”. En consecuencia se buscan los honores por otra vía. “Los empleos son la principal y la única mira de la ambición del criollo. Aunque la mejor tierra del mundo le ofrezca todas las riquezas, no está satisfecho en sus deseos, mientras no obtiene un gran militar, un puesto en la hacienda pública, un oficio judicial o una orden honorífica. Pasa su vida y consume sus haberes en obtener grados y empleos y en solicitar otros nuevos”.

Si la atención se centra en lograr esos cargos, los estudios se orientan a ellos y el talento se desarrolla más en esa dirección que en desentrañar los conocimientos y habilidades productivas. *“Muy difícil será que gente tan sedienta de prerrogativas, se entregue por entero al estudio de la naturaleza productiva, y que renunciando al fasto de los honores, se contente con el mero título de agricultor, al cual nadie le presta la debida consideración”.*

Depons compara la baja productividad que observa en la Capitanía de Venezuela con la alta de las colonias francesas (en régimen rigurosamente esclavista como en Haití), pero observa que éstas, si tuvieran la mentalidad y prácticas económicas que observó en Tierra Firme *“no producirían ni la décima parte de lo que producen”.* Anota también que cuando hay la plena dedicación se observan éxitos económicos muy notables.

“Como prueba de las ventajas que obtendría la agricultura si los propietarios residieran en las haciendas, basta observar las fincas que prosperan, las que se sostienen y las que están en decadencia; se verá que a las primeras las administra su propio dueño, quien tiene toda su ambición puesta en aumentar sus rentas y se enorgullece en ser agricultor; por lo general, los que proceden así son Vizcaínos. Las segundas pertenecen a españoles que comparten su tiempo entre la vida del campo y la de la ciudad, y que disponen los trabajos cuando están en sus fincas y lo que se debe hacer cuando se hayan fuera de ellas. La hacienda que se arruina pertenece con toda seguridad a alguien que las visita como si fuera un extraño, que desdeña los conocimientos propios de un agricultor y corre tras de mercedes y empleos o bien es de un malbaratador”. (Depons, *Ibidem*).

Depons considera que los vascos de la Compañía Guipuzcoana entraron en Venezuela con una mentalidad empresarial distinta y, aunque hacía más de veinte años que ya había desaparecido la Compañía, considera que sus éxitos fueron notables “*por lo atinado de sus administradores, quienes fueron siempre de la Provincia de Vizcaya, que parece ser el asilo de las buenas costumbres*”. (Op. Cit. p. 105).

Así pues Depons remite el hecho de la productividad de las haciendas a la mentalidad de sus propietarios. Luego tiene algunos comentarios sobre las diversas actitudes que observa entre los criollos y también entre los peninsulares: “*Todos los blancos son hacendados o negociantes, militares, clérigos o monjes, empleos judiciales o de hacienda. Ninguno se dedica a oficios o artes mecánicas. El español blanco y principalmente el criollo, se siente deshonrado si se gana el sustento con el sudor de su frente y si lo debe a los callos de sus manos*”. (Op. Cit. p. 229).

Entre los peninsulares distingue también entre aquellos venidos de España como funcionarios que provocan celos de los criollos por quitarles los altos puestos, aunque con frecuencia estos tengan mejor formación. En contraste con éstos, hay otros peninsulares que vienen a producir y a hacer fortuna:

“*La segunda clase de Europeos residentes en Caracas se compone de aquellos a quienes la industria o el deseo de hacer fortuna llevan a estos lugares. Casi todos son oriundos de Vizcaya o de Cataluña. Unos y otros son igualmente industriosos; pero los Vizcaínos, sin fatigarse tanto, administran mejor sus negocios. Como dispuestos a los riesgos del comercio y como constantes en la agricultura, suelen superar a los catalanes. Pero estos a su vez los superan en laboriosidad, si bien, en verdad, son menos arrojados y menos cultos. El Vizcaíno nunca se arredra por la magnitud ni por el riesgo de una especulación. Confía bastante al azar. Los otros, más parsimoniosos, no emprenden sino lo cierto y lo que juzgan dentro de sus fuerzas y recursos*”. (Ibidem).

Tanto unos como otros –según Depons– “*se distinguen por su buena fe en los negocios y por su exactitud en los pagos*”.

Una tercera categoría de inmigrantes sería la de los canarios que abandonan su tierra más por necesidad que por ambición. Ellos son tan trabajadores como los Vizcaínos y los Catalanes”.

Y termina Depons: *“En conclusión, todos estos son elementos útiles a la sociedad; pues todos tratan de ganarse la vida por vías legítimas, y tienen a honra probar, por medio del ejemplo personal, que el hombre ha nacido para el trabajo”*. (Ibidem).

Esa misma mirada apreciativa tiene con los habitantes de otras regiones de Venezuela: por ejemplo, al hablar de Maracay y de los Valles de Aragua, dice: *“Al igual del pueblo, sus habitantes son dignos de la admiración del observador. Nadie presume de alcurnia ni se envanece con las distinciones”*. *“La industria, la actividad, el trabajo, son base de sus sentimientos. Por una beneficiosa emulación la agricultura ha llegado a ser la pasión dominante de todos”*. (Ib.). De nuevo esta realidad en los Valles de Aragua es atribuida a los vascos y canarios. *“No cabe duda de que la mayoría de ellos han de ser Vizcaínos, pues estos, entre todos los españoles europeos residentes en Tierra Firme, se dedican con preferencia a la agricultura. Los oriundos de Canarias les siguen las huellas, aunque no les igualan. Las hermosas siembras que atraen la mirada en los alrededores de Maracay, se extienden por todos los Valles de Aragua ya se llegue a ellos por Valencia o por las montañas de san Pedro, que los separan de Caracas. Allí se tiene la impresión de estar en otro país, en una comarca poblada por la gente más laboriosa y amiga de la agricultura. En las quince leguas de Este a Oeste ocupadas por estos valles sólo se ven campos de frutos coloniales, regados con arte, molinos de agua y soberbios edificios destinados a la fábrica y preparación de los productos. Lo más notable, sin embargo, es la gran actividad que parece hija de aquella tierra. La gente libre que en otras partes casi no hace nada, aquí se dedica a trabajar; mediante un salario razonable, de suerte que el hacendado no ha de comprar sino muy pocos esclavos, únicamente los necesarios al mantenimiento de la hacienda. En los trabajos extraordinarios, como la siembra, la limpia y la cosecha, se emplea jornaleros libres”*. (Ibidem).

Las valoraciones reinantes en una sociedad son consagradas por las actitudes de las clases dirigentes. Las otras clases y sectores sociales tratan de imitar o de cambiar de status por la adopción de hábitos, valores y prácticas sociales propias de las *elites* dominantes.

No caigamos en la tentación de pensar que esa mentalidad económica colonial es la explicación de lo que hoy ocurre en Venezuela, pues en dos siglos las sociedades han cambiado y también las mentalidades. Pero podemos ensayar algunos elementos de comprensión de lo ocurrido en el primer siglo republicano de Venezuela.

El pensador español Ortega y Gasset. En la primera mitad del siglo XX, reflexionaba sobre el atraso productivo y la incapacidad modernizadora de España. Entonces hacía la aguda observación de que a España le faltó siglo XVIII, en el sentido de que no cuajó la revolución cultural propia de la Ilustración que transformara el sistema educativo y productivo y la mentalidad. Sin embargo, medio siglo después de su escrito, Ortega y Gasset hubiera apreciado en España una exitosa y acelerada transformación productiva que echa por tierra cualquier idea fijista sobre la “identidad” y la cultura española antimoderna.

De igual manera en América Latina y en Venezuela debemos preguntarnos por qué en dos siglos de historia republicana no se ha remontado aquella repudiada herencia colonial y hemos entrado en un desarrollo sostenido y exitoso. En las breves líneas de que disponemos, sólo podemos expresar de manera muy resumida nuestra interpretación para el caso de Venezuela y que tiene sus analogías en otros países latinoamericanos.

La reacción de España en 1811 a la civilizada declaración de independencia determinó la guerra. En el caso de Venezuela fue la guerra más larga (1811 a 1825) y sangrienta de todas las independencias americanas y dejó la población diezmada y la economía en ruinas. Además, como en otros muchos países latinoamericanos la guerra trajo actores militares que no existían en el período colonial y de ellos derivó el caudillismo recurrente en toda la historia republicana venezolana anterior a 1960.

De esta manera las ideas liberales en política fueron utilizadas y desplazadas por los caudillos, según su conveniencia las instituciones republicanas las convirtieron en una caricatura de su verdadero significado, las numerosas constituciones en un papel para envolver los atropellos autoritarios y se cortó la positiva dinámica económica. En Venezuela hubo un intento de institucionalización

y de recuperación económica en los primeros diez años de 1830 a 1840, pero al final fracasó arrastrado por las frustraciones y las guerras sociales y caudillescas. En adelante durante un siglo, salvo excepciones como el desarrollo del cultivo y del comercio del café en algunas regiones, y de otros pequeños enclaves, la economía fue de subsistencia y en consecuencia no se desarrolló una práctica empresarial y trabajadora propia de la revolución burguesa acompañado de la cultura y educación que le es propia.

Los caudillos encendían las masas campesinas con promesas mesiánicas que hacían soñar en un bienestar salido de las puntas de las lanzas o de las bocas de los fusiles y no de la empresa y del trabajo productivo, ni de la educación moderna.

Hay otro rasgo no menos importante y muy generalizado en los caudillos, incluso en quienes tenían cierta visión de desarrollo económico como es el caso en Venezuela de Guzmán Blanco, que directa o indirectamente gobernó a Venezuela durante veinte años entre 1868 y 1888. Nos referimos a la manera como venden o alquilan desde el gobierno a los extranjeros recursos naturales, mineros, inmensos territorios donde había esperanza de encontrar materias primas de interés estratégico para la economía europea. En el caso de Venezuela hizo numerosas concesiones por 99 años para que los europeos blancos “nos desarrollen” con sus inversiones y con su gente “laboriosa”. El presidente de turno y sus amigos se enriquecían con la renta que pagaban los concesionarios y también por el alto porcentaje de comisión a favor del dictador de turno.

Así entre guerras, caudillos y concesiones mineras y territoriales llegamos al siglo XX como país pobre y despoblado, sin dinámicas económicas, institucionales, empresariales y educativas, que, bien combinadas, producen desarrollo.

Esa realidad se alteró en Venezuela con la explotación petrolera; no en cuanto a cambio de mentalidad pero sí en cuanto al volumen de la nueva riqueza. Ya antes de 1930 un país rural, pobre y con apenas 3 millones de habitantes, se había convertido en el segundo exportador petrolero del mundo. La explotación petrolera ocurría en su territorio por la iniciativa extranjera, con su capital y tecnología, que dejaba una renta para los gobernantes dictatoriales y sus cercanos.

Treinta años después, a mediados del siglo XX, ya existe arraigada la convicción de que Venezuela es rica, por el petróleo, por ese don natural que no depende de la productividad, ni de la condición emprendedora de los venezolanos. La actividad política se va a centrar en la lucha por la distribución de esa riqueza, más que en la producción de una riqueza sostenible y sostenida por la iniciativa empresarial y la productividad de la mayoría de los venezolanos. Aunque poco a poco con la democracia (a partir de 1958) se amplía la distribución del ingreso petrolero (que representaba hasta 90% de las exportaciones y 60% del presupuesto nacional), esta distorsión en la mentalidad y en la dinámica económica se vuelve duradera. Los políticos se apoyan en las promesas –y también algunas acciones exitosas en la generalización de los servicios públicos– de distribuir la riqueza que está en manos del Estado.

El país, de manera cada vez más generalizada, tiene la experiencia-ilusión de que se puede pasar a consumir moderno (por medio de la importación con dólares petroleros), sin necesidad de desarrollar su producción diversificada con la correspondiente moderna cultura productiva. En cierto modo esto fue posible para el 10% de la población en una Venezuela de menos de 5 millones de habitantes, pero es imposible que en la Venezuela actual de 25 millones, 11 millones de trabajadores tengan trabajo digno y sostenido, apegado a la dinámica petrolera y a la cultura rentista. Luego de 60 años seguidos de crecimiento (1918 a 1978) del PIB superior al 6% anual, y de ascenso social, el país entró en descenso hace 25 años y empezó a crecer la pobreza de manera sostenida y alarmante.

El estudio sobre la pobreza que emprendió en 1997 la Universidad Católica Andrés Bello, se ubica en esta realidad y trata de combinar la comprensión de los factores de políticas económicas, con factores culturales e institucionales que producen esta pobreza. Buscar los cambios necesarios de manera combinada, en los tres tipos de factores, es la forma de aproximarnos a su superación.

Luis Ugalde sj

Rector de la Universidad Católica Andrés Bello





LA CULTURA Y LAS CAUSAS DE LA POBREZA EN VENEZUELA

Comencemos este ensayo explicando su alcance. Lo que sigue no es un resumen ejecutivo del estudio. Aunque podría serlo, más bien la intención ha sido tratar de alcanzar, en la medida de lo posible, a un público interesado en el tema, pero que no necesariamente es especializado o que desconoce las herramientas requeridas para la comprensión de los análisis estadísticos a los que fueron sometidos los datos del estudio.

Se trata, por lo tanto, de un escrito que abordará los principales tópicos que se desarrollan en el libro, pero haciendo énfasis en lo que son sus puntos más controversiales, así como en lo que consideramos son sus principales hallazgos.

El ensayo lo hemos dividido en tres apartados. Uno donde se trata de explicar de manera sencilla algunas de las consideraciones teóricas que deben tenerse presentes para abordar la relación entre lo cultural y la pobreza, tratando de

desmitificar algunas afirmaciones que suelen hacerse con ligereza respecto a esta relación.

En segundo lugar, presentaremos parte de las evidencias empíricas que aportó la encuesta sobre los condicionantes culturales de la pobreza realizada entre 1997 y 1998. Explicaremos los hallazgos más generales, para dejar al cuerpo del estudio la consideración y profundización de aspectos más específicos.

Por último, presentaremos lo que consideramos pueden ser parte de las implicaciones prácticas de este estudio, dejando en claro que, en relación al estudio de la cultura (así como para la dimensión que aquí analizamos), es mucho lo que puede explicarse y analizarse de lo que ocurre en la realidad, pero quizás no en igual proporción, lo que de ello se deriva para transformarla.



Una definición de pobreza lo más general posible la considera como una situación de escasez o carencia material en relación con una magnitud o patrón de nivel normativo (es decir, umbral que separa lo deseado de lo indeseado de la condición material particular) que se define por la satisfacción de necesidades para la sobrevivencia (pobreza absoluta) o por la sobrevivencia con dignidad (pobreza relativa). Dado que la situación material puede describirse desde una o varias dimensiones (ingreso, educación, salud, trabajo, vivienda, etc.), de ellas se derivan las distintas definiciones de pobreza y sus modos de medición. Al respecto puede consultarse, entre otros, Feres y Manceiro, "Enfoque para la Medición de la Pobreza. Breve Revisión de la Literatura", *Serie Estudios Estadísticos y Prospectivos*, No. 4, CEPAL, Santiago de Chile, 2001. En algunas ocasiones los adjetivos con que se califica a la pobreza (crítica, extrema, atroz, etc.) suelen transmitir al público sensibilidades respecto al tema. En general, y en el marco de este estudio, consideramos dos niveles de pobreza; uno que atenta contra la sobrevivencia de las personas (absoluta o extrema) y otro nivel donde se es posible sobrevivir, pero que atenta contra la dignidad de las personas (relativa o no crítica).

Lo que justifica un abordaje de la pobreza desde el punto de vista de la cultura es que el comportamiento del ser humano no está determinado biológicamente. Lo que hacemos, pensamos, decimos y sentimos no lo traemos al nacer, sino que lo vamos construyendo a lo largo de la vida. En la interacción con los demás, con la sociedad a la que pertenecemos, se va configurando la compleja variedad de causas que explican por qué somos lo que somos, como individuos, familia y comunidad.

Puesto que los seres humanos actuamos orientados por significados, el mundo de las creencias, de los gustos y preferencias, así como de las normas que producen las instituciones de la sociedad, tiene importancia para explicar el por qué de las conductas que observamos en los individuos.

Preguntarnos sobre el significado de la acción, indagar sobre las causas profundas que mueven a los individuos a realizar ciertos comportamientos, nos conduce, necesaria aunque no únicamente, al mundo de las relaciones sociales que llamamos "lo cultural". La cultura, el proceso por medio del cual los seres humanos dan significado a sus actos, es un campo muy vasto desde el cual es posible explicar todos los comportamientos predominantes en la sociedad, pero que, paradójicamente, puede resultar bastante limitado si desde allí se pretende producir cambios en la sociedad. La cultura y el estudio de ella como dimensión explicativa de las acciones de los individuos, resulta ser bastante contemplativa. Si bien resulta apasionante la descripción y análisis de la variedad y riqueza que guarda la cultura, no obstante, es bastante limitada (y puede que hasta peligrosa) la posibilidad de extraer implicaciones prácticas con miras a cambiar la realidad descrita.

Cuando se pretende estudiar la pobreza (es decir, la situación de carencia material en la cual se encuentran personas, familias o comunidades, en comparación con un patrón normativo cualquiera¹) desde la conducta de los individuos, nos topamos con el problema de indagar el asunto desde las variables que explican dicho comportamiento. Precisamente porque la conducta de los seres humanos no está determinada por la naturaleza, la cultura de los pueblos (interiorizada en los individuos) puede considerarse como una de las variables que explica, junto con el funcionamiento de la economía, las instituciones sociales y políticas, las estructuras

demográficas y las ventajas o restricciones geográficas, el fenómeno de la pobreza.

Nadie estudia la pobreza sin que medie algún interés o motivación. La pobreza se puede estudiar como quien estudia una enfermedad, es decir, para superarla. Pero también se puede analizar la pobreza para justificarla. Lógicamente, el conocimiento y las pruebas empíricas que tenemos sobre el desarrollo de los pueblos, nos permiten afirmar que la pobreza es un mal superable, una enfermedad curable. Incluso sabemos cuáles son las estructuras y dinámicas económicas, las políticas públicas, y las instituciones sociales que reducen pobreza. Por supuesto, no se cuenta con una “receta general” o modelo único; ninguna disciplina del conocimiento (convertida en ideología normativa) contiene el modo de superar la pobreza en un espacio y tiempo específico.

La diversidad de una sociedad a otra, las particularidades que cada una adquiere, el carácter multivariado del fenómeno, la propia historia de la construcción de los fenómenos y su evolución, hacen que en general lo que sabemos es “qué reduce la pobreza”, pero la especificidad en cada caso es lo que determina el “cómo se reduce la pobreza”. Por ejemplo, sabemos que el crecimiento económico sostenido reduce la pobreza. También sabemos que para que dicho crecimiento sea sostenido es necesario atender los problemas de desigualdad, en tanto restringen la disponibilidad de capital humano para el crecimiento y generan conflictividad social; sin embargo, cómo lograr el “crecimiento con equidad” va a depender de las particularidades en cada caso, imposibilitando por ello las recetas perfectas.

Precisamente porque podemos generar instituciones sociales que reducen la pobreza, o dinámicas económicas que permiten la generación y distribución de la riqueza, sabemos que la pobreza no es una fatalidad o una realidad imposible de cambiar.

Por lo general, y afortunadamente, entre hombres modernos las doctrinas o el pensamiento fatalistas rápidamente caen en desgracia o en desuso. Ese es el caso de los determinismos como posibilidad de estudiar la pobreza para justificarla. En la cotidianidad de las creencias, o en sesudos estudios científicos, no son pocas las veces que el problema de la pobreza se ha topado con determinismos de índole geográfica o cultural, los cuales, además, suelen ir asociados². Endosarle a la naturaleza, en forma de temperatura, latitud o disposición de recursos, la determinación del comportamiento de los seres humanos, es

2

Ver David Landes, *La riqueza y la pobreza de las naciones*, Washington, 1998.

tan errado como suponer que tras el color de la piel se esconde “cierta propensión al trabajo” imposible de cambiar. Igual ocurre con la suposición de que tras cierta creencia religiosa, costumbre folklórica o prácticas se esconden trazas genéticas imposibles de transformar. Estos serán, como resulta obvio, los casos de aquellos que estudian la pobreza para justificarla.

En relación con la conducta todo determinismo conduce a posturas inaceptables. Las fatalidades geográficas, climáticas, raciales y religiosas, además de ser falsas, han sido respuestas fáciles, tranquilizadoras de conciencias o justificadoras de acciones. De allí que la pretensión de estudiar el problema de la pobreza desde la cultura, es decir, desde las creencias que comparten el término medio de los integrantes de una sociedad, está llena de peligros etnocéntricos (cuando no racistas) y, en consecuencia, el tema, a nuestro juicio, lejos de ser obviado, debe ser tratado con los recursos de la ciencia a fin de despejarlo.

Entre los peligros a los que hacemos mención, se encuentra el del determinismo cultural. A él puede llegarse con facilidad si se parte de un modelo normativo de cultura que termina afirmando que sólo desde esa cultura se puede superar la pobreza, a diferencia de otros modelos o tipos de cultura, desde los cuales resultaría más difícil, cuando no imposible, superar las condiciones materiales de escasez.

De ser así podría caerse en el equívoco de que una cultura es “mejor” que otra. Desde una cultura se supera la pobreza y desde otra no. Con lo cual, y de seguro, será la cultura del individuo concreto que las clasifica, la que terminará resultando como buena o adecuada para la superación de la pobreza.

Aquí sostenemos que no hay culturas mejores que otras para enfrentar el problema de la pobreza. Hay sociedades donde las carencias no son un problema y, en consecuencia, sus creencias no son ni buenas ni malas para la superación de la pobreza; sencillamente la pobreza no es un problema y en consecuencia no hay nada que superar. En otras, la miseria sí es un problema pero sobre ello nada puede hacerse. En ambos casos, las sociedades de este tipo son las que normalmente la literatura denomina como sociedades no modernas.

Por su parte, existen sociedades donde la carencia material para parte de sus miembros sí representa un problema, en el sentido de que aquellos que se encuentran en situación de carencias relativas desean superarlas, es decir, sostienen una expectativa del progreso material. Cuando en una sociedad sus miembros tienen aspiraciones con razonables oportunidades de logro, entonces la pobreza es un problema y, al igual que en la economía o en la política, hay cosas que “no funcionan” para la superación de la pobreza. En el ámbito de las creencias y los comportamientos que se derivan de ellas, también debe haber problemas. Llegados aquí la pregunta es ¿qué

aspectos, si es que hay alguno, de la cultura que legitima las aspiraciones de los individuos, les impide realizarlas?

Una sociedad que tiene a las aspiraciones materiales como parte de los objetivos sociales, es una sociedad que debe tener ciertas características que le permita a sus individuos alcanzar esas aspiraciones desde la vigencia de los símbolos y significados compartidos. A esta característica, entonces, le debe corresponder unos medios que le son consistentes. De esta forma, cuando afirmamos que una sociedad que legitima el éxito material debe incorporar creencias que facilitan la consecución de ese objetivo, es porque son cierto tipo de creencias las que facilitan la satisfacción de las aspiraciones individuales y grupales. Esas creencias son las que normalmente calificamos como modernas (o incluso postmodernas desde la perspectiva de Giddens³). Ellas no son fijas, ni son determinantes, múltiples híbridos sociales demuestran que se pueden lograr actitudes productivas desde matrices diversas. En todo caso a nosotros nos interesa verificar las que están presentes en nuestra sociedad.

Para nuestro estudio, el control que tengan los individuos sobre su existencia y su propia realidad (locus de control); la propensión a actuar en los ámbitos públicos bajo la regulación de normas universalistas, roles específicos y orientados hacia la colectividad; así como la capacidad de posponer gratificaciones de corto plazo y de evaluar a sus semejantes en razón a lo que hacen y no a lo que son; la confianza en las personas y las instituciones sociales (variables-patrón)⁴, forman parte de la materia prima cultural que resulta en comportamientos productivos capaces de liberar a las comunidades de una vida material precaria y de subsistencia dentro de arreglos institucionales modernos.

Una sociedad cuya cultura se basa en la universalización de las aspiraciones de sus miembros, hace de la pobreza un problema, así como de los rezagos culturales que se convierten en verdaderos obstáculos para el bienestar material de sus individuos.

De allí, entonces, es posible afirmar que **ciertos tipos de creencias y no otros** son necesarios para superar la precariedad material, siempre y cuando la sociedad haga problema de ello, es decir, cuando el progreso material forma parte de los objetivos sociales interiorizados por sus individuos. Así, no hay “unas formas culturales que son mejores o peores que otras”,

3

Anthony Giddens, *Consecuencias de la modernidad*, Alianza Universidad, Madrid, 1993.

4

Ver nota número 9.

sólo existen unas que son más consistentes con sus objetivos que otras y, como es de suponer, la distancia que guardan depende de las particularidades de cada sociedad.

Es posible entonces clasificar las creencias entre unas que obstaculizan la superación de la pobreza y otras que más bien favorecen la aparición de comportamientos productivos; siempre y cuando se “comparen” entre sociedades que hacen de las aspiraciones y el éxito material un objetivo.

Descartada la posibilidad de abordajes etnocéntricos (porque lo que estamos sugiriendo es que se pueden proponer ciertos criterios normativos sólo cuando se trata de culturas similares en razón de los objetivos o las metas que procuran para sus sociedades), o de planteamientos fatalistas de cualquier origen frente a la pobreza, nos faltaría por aclarar un último aspecto, a saber, la necesaria distinción entre la dimensión individual y la social, en cuanto a las implicaciones de muchos de los hallazgos positivos que se derivan de este estudio.



Uno de los problemas epistemológicos y metodológicos que tienen las ciencias sociales en general y las del comportamiento en particular, se refiere al establecimiento de las relaciones causales entre las variables. En la dinámica social lo que alguna vez fue consecuencia, posteriormente puede ser causa. Así, por ejemplo, el aumento de la pobreza en Venezuela entre 1975 a 2004 a más del doble ha sido, desde el punto de vista económico, producto de la falta de crecimiento económico. El país ha retrocedido al nivel del ingreso per-cápita que tenía en 1951. Al haberse mantenido la desigualdad social “igual de desigual” (medido por la variación del índice de Gini⁵) en todos estos años, se puede afirmar que la variación de pobreza tiene por causa fundamental el poco crecimiento⁶. De igual manera, podríamos decir que ese aumento de la pobreza es lo que impide que el país recupere una senda de crecimiento económico sostenido con lo cual superar la situación de miseria en la que se encuentra más de la mitad de la población del país. La variable pobreza “da la vuelta completa” para pasar de ser consecuencia del decrecimiento económico, a ser al menos una de sus causas.

Cuando se establece la relación entre cultura y pobreza se puede llegar a una conclusión similar. Dejando de lado la complejidad de la discusión filosófica entre materialismo e idealismo, o la pregunta de “si el ser antecede a la conciencia o la conciencia al ser”, podríamos decir que las creencias que operan como obstáculos para la superación de la pobreza (causa) han sido la consecuencia de la propia situación de carencias materiales en la que se encuentran los individuos que reflejan tales creencias.

Las personas no escogen, en su totalidad y exhaustivamente, las creencias que comparten. Las circunstancias materiales e institucionales que les toca vivir, en buena parte, condicionan las normas que interiorizan. Obviamente existen grados de libertad que son los que explican las diferencias entre los individuos. De esta forma –y ello es utilizado con frecuencia por los que gustan sobredimensionar el papel de la cultura como explicación de la pobreza– se cita la posibilidad de que dos individuos situados en estratos sociales similares, pueden alcanzar niveles socioeconómicos distintos y, en consecuencia, uno de ellos salir de la pobreza, mientras que el otro no. Si bien ello es cierto, tales excepciones no son suficientes para desmontar el

5

Matías Riutort, “El Costo de Erradicar la Pobreza”, pp. 15 a 26, en *Pobreza: un mal posible de superar*, Resúmenes del Proyecto Pobreza, UCAB-ACPES, Vol. 1, Caracas, 1999.

6

Matías Riutort, “Crecimiento, distribución y pobreza”, Serie *Proyecto Pobreza*, No. 3, Caracas, 1999.

carácter de variable resultado que le asignamos a la cultura en su relación con la pobreza.

Al igual que llegamos a escuchar que el mayor número de hijos que tienen los hogares de bajos recursos es la causa de su pobreza, sin comprender que no existe ni un solo hogar no pobre que pasara a ser pobre por tener muchos hijos, se puede llegar a equívocos similares al suponer que la poca responsabilidad individual, la menor tasa de esfuerzo y dedicación al trabajo o la menor propensión al ahorro, son causas de la pobreza y no, más bien, su resultado.

“Enganchar la carreta delante de los caballos” es frecuente cuando no hay precedencia temporal en los eventos (aun cuando ocurra un evento antes que el otro, ello sólo sería un indicio de causalidad) o cuando el discurso tiende a ser interesado o al menos sesgado.

Si bien en la mayoría de los casos la cultura será una consecuencia de la situación material que tengan los portadores concretos de determinadas creencias y actitudes, también será posible encontrar casos que, como veremos son excepcionales, donde las actitudes de los individuos operan como causa para la superación de la condición material adversa o de la pobreza.





LA CULTURA COMO CONSECUENCIA

Socialmente las actitudes que pueden detectarse en los hogares en pobreza, por medio de estudios como el que hemos realizado, son producto de las condiciones materiales que le permiten, o no, a sus miembros acceder a las agencias de socialización modernas (escuela, trabajo, familias estables, asociaciones, etc.), oportunidades sociales y económicas, así como conocer o tener la experiencia del logro material, lo cual impide la “fatalidad aprendida” tan común entre los sectores en pobreza y que explican su angustioso conformismo.

La relación directamente proporcional entre las formas de la vida material, representada por el estrato socioeconómico, y las actitudes y las creencias modernas, son el resultado de que los sectores que no se encuentran en pobreza pueden tener mayor acceso a las agencias de socialización o instituciones sociales que enseñan a los individuos los talentos de la modernidad y sus normas.

El acceso a la escuela y su permanencia en ella por encima del promedio de escolaridad del país; la ventaja que da la holgura económica para mantener la estabilidad familiar; las oportunidades económicas que se abren para individuos más educados y con mejor posición económica para obtener un mayor acceso a la información del mercado laboral, de forma tal de encontrar un “empleo formal” donde las creencias y normas de la modernidad se hacen cotidianas y toman forma de incentivos materiales; la permanente interacción con asociaciones y burocracias que hacen de la universalidad de las normas y la especificidad de las interacciones sociales un aprendizaje crucial para lo que es la división del trabajo y la eficiencia productiva; y por último, tener la experiencia del logro individual y la recompensa material asociada al desempeño adecuado; son lo que desarrollan actitudes y creencias que se corresponden con los comportamientos productivos necesarios para participar de la producción y disfrute de la riqueza.

Nuestro estudio señala, como era de esperar, que los estratos sociales no pobres tienen en conjunto actitudes modernas en mayor proporción que en el caso de los hogares pobres. Los hogares de los estratos sociales más bajos poseen actitudes no modernas en 68% de los entrevistados, mientras que los entrevistados del grupo sociales más alto tienen esas actitudes no acordes con una sociedad moderna en un 50%. Sin embargo, y este es probablemente uno de los principales hallazgos del estudio, tal asociación no es tan fuerte como podría esperarse. En el texto, como se verá más adelante, se presentan algunas explicaciones a los “casos incongruentes” (pobres con actitudes modernas –33%– o, por el contrario, no pobres con actitudes no modernas –50%–).

Ahora bien, la relación esperada entre grupo socioeconómico y actitudes, efectivamente se corresponde con el acceso a los agentes de socialización descritos. De forma tal que las actitudes modernas son la consecuencia del acceso a instituciones sociales modernas, las cuales a su vez dependen de, o se ven favorecidas por, el ámbito socioeconómico en que les tocó vivir a los individuos.

Aunque sin la claridad o fortaleza de la relación estadística que nos hubiese gustado encontrar, los espacios sociales que en mayor medida tienden a “producir” actitudes modernas son: la familia, la escuela, las asociaciones y el mundo laboral. Semejante ordenación se corresponde a las particularidades del país, sobre las cuales volveremos más adelante.

En resumen, tomar la cultura como consecuencia de la pobreza, significa desde el punto de vista práctico para la superación de la pobreza, que primero cambiarán los entornos socioeconómicos e institucionales de los individuos, antes que ellos cambien sus actitudes. En otras palabras, la sociedad cambiará a los individuos y no a la inversa: cuando ésta deje de ser pobre sus individuos dejarán “de pensar” como pobres.

LA CULTURA COMO CAUSA

Es probable que a estas alturas el lector pueda seguir pensando que las actitudes de los individuos pueden sacarlo de la pobreza, siempre y cuando tenga las apropiadas. Más simple aún, que los individuos serán los que cambian la sociedad. Semejante tesis voluntarista pretenderá del cambio de las personas y sus actitudes la condición para salir de la pobreza.

Quienes sostengan esta hipótesis tendrán a su mano un arsenal de evidencias aisladas que refuercen su argumento. Para un país como Venezuela, donde la migración de los años cincuenta fue muy importante para la transformación socioeconómica del país, los relatos de los emigrantes (europeos, aunque no anglosajones sino de las costas mediterráneas y católicos: españoles, portugueses e italianos), cargados de esfuerzo y voluntad, serán de los preferidos para sostener que el cambio cultural es previo a la superación de la pobreza.

No hay la menor duda que el esfuerzo, el sacrificio, la dedicación al trabajo y al estudio es una vía para la **superación individual o familiar de la pobreza**. La pregunta por tanto no es si la dedicación, la responsabilidad, la posesión de la gratificación inmediata, entre otros, sacan o no de la pobreza a quienes así actúan. La pregunta es de qué depende que se tengan tales actitudes.

Despachemos de una vez el caso de los esforzados inmigrantes para ir al caso que nos interesa, a saber, los criollos pobres que salieron de la pobreza.

Los emigrantes de los años cincuenta reportaron un ascenso social espectacular dentro del contexto generalizado de movilidad social ascendente del país de la época. Esa “ola de prosperidad”, también alcanzó a la migración latinoamericana que durante los años setenta hizo de Venezuela su destino. Algunos miles de peruanos, ecuatorianos, sureños, así como varios cientos de miles de colombianos, encontraron en nuestro país condiciones de oportunidad para el ascenso social que no desaprovecharon. Lógicamente estos últimos sólo lograron aprovechar una década de prosperidad, mientras que los integrantes de la primera ola de inmigrantes, al menos tuvieron 30 años para hacer realidad su sueño de ascenso social.

El emigrante, independientemente de la distancia que tenga su país de la línea ecuatorial, el color de su piel, o la religión que profese, comparte una fuerte aspiración material como denominador común. Lo cual hace que realicen un esfuerzo importante. Descontando a los emigrantes que se ven obligados a dejar su país por razones políticas, la decisión de migrar es posterior y producto de una actitud hacia el trabajo, probablemente por encima del promedio de sus conciudadanos. Sólo algunos migran, los más arriesgados, los que poseen mayores aspiraciones y están dispuestos a sacrificarse. En otras palabras nuestros exitosos emigrantes y su tasa de tra-

bajo, pueden compararse con los venezolanos que también decidieron migrar (a Miami, por ejemplo) en busca de oportunidades y registran comportamientos productivos, voluntad y esfuerzo realmente admirables. Todo esto echa por tierra los determinismos conductuales, pero como se verá de inmediato, también dejará en claro que la cultura como causa para la superación de la pobreza es una desviación estadística, un evento imposible de socializar por la simple vía del esfuerzo, o como decimos en Venezuela, por “la suma de voluntades”.

Estos comportamientos de laboriosidad ejemplar no sólo son visibles entre los emigrantes. Dentro de cada país pueden detectarse individuos que logran salir de la pobreza por puro esfuerzo y sacrificio personal. Permítaseme relatar, sólo a modo de ejemplo, un episodio de nuestra investigación.

Cuando comenzamos con el estudio en 1997 una de las cosas que hicimos, para “entrar en calor” y en sintonía con el tema, fue entrevistar a personas que habían salido de la pobreza. Propiamente ello no constituía ninguna etapa especial del estudio, era un simple contacto con la realidad para inspirar situaciones tendientes a la elaboración del instrumento de medición.

Entrevistamos, con cierta profundidad, a más de media docena de personas. De dichas entrevistas obtuvimos al menos cuatro elementos que se repetían con sorprendente recurrencia.

El primer factor causal que explicaba cómo estos individuos habían logrado por sí solos salir de la pobreza, era el **esfuerzo personal**. Para estas personas trabajar hasta doce horas al día era una constante en sus vidas. Fines de semana y feriados no representaban una limitación para terminar alguna actividad pendiente o adelantarla. Ese esfuerzo también se expresaba en una capacidad de posposición de la gratificación que se traducía en prudencia a la hora de administrar los recursos.

Tal nivel de laboriosidad contrasta y se ubica muy por encima del nivel de esfuerzo que normalmente realiza cualquier individuo que no haya tenido la desgracia de haber nacido bajo el signo de la pobreza.

Ese esfuerzo y capacidad de sacrificio por encima del promedio social, va acompañado de un segundo componente presente en estas entrevistas informales. Nos referimos al estudio y al **logro de niveles educativos** o años de escolaridad también por encima del promedio. Lógicamente la historia escolar de estos esforzados venezolanos no es lineal. Sucesivas entradas y salidas al sistema escolar van a la par del costo de oportunidad que representa para ellos y para sus familias mantenerse en la escuela. Sin embargo, la escuela, la capitalización del conocimiento no sólo es valorada sino que ciertamente tiene una rentabilidad en el mercado de trabajo, que nuestros entrevistados no desaprovecharon.

En tercer lugar encontramos uno o varios episodios de contacto o relación con esferas de productividad, segmentos de mercado laboral o ámbitos de excelencia, que si no es por la recomendación expresa de alguien externo al mundo de la pobreza, no hubiera tenido lugar. Alguien recomienda o pone en contacto a nuestros entrevistados con una oportunidad económica para desarrollar y capitalizar las actitudes productivas de que disponen. Ello les permite avanzar socioeconómicamente, tener acceso a empresas donde se encuentran las herramientas para incrementar su productividad y, en consecuencia, elevar sus ingresos.

Por último, viene lo que significa el rompimiento, sin duda traumático, con el lugar de origen. Dicho no sin cierto dolor, se reconoce que fue necesario romper con la familia, en especial con la madre, con el fin de soltar el lastre que significaba tener que atender las necesidades familiares extendidas que se originaban cada vez que los ingresos superaban las necesidades inmediatas. La madre, como redistribuidora del ingreso, reclama del hijo o hija exitosa, compartir y subsanar en parte el mundo de necesidades familiares en que se vive, sin que necesariamente se solicite o exija una dedicación o contraprestación a los beneficiarios. Ello empuja a una suerte de escape del medio familiar, del cual el entrevistado huye no sólo para hacer realidad su deseo de superación personal, sino también para zafarse de la inviabilidad que representa que él o ella saque a toda su familia de la pobreza por sí solo.

El esfuerzo personal, sacrificio y posposición de la gratificación, así como otras actitudes de los individuos, como la honestidad, la bondad, la simpatía, etc., se distribuyen según una curva normal, es decir, todos somos relativamente honestos, bondadosos, simpáticos o esforzados y laboriosos. Nuestros entrevistados, como buena parte de otros ejemplos de superación individual de la pobreza, se encuentran por encima del promedio, como otras posibles actitudes reprochables de flojera e irresponsabilidad se encuentran por debajo de ese promedio. Desde el punto de vista estadístico y social, nuestro insigne trabajador calificaría por exceso como un desviado social, al igual que por defecto lo es el flojo.

Posteriormente y gracias al estudio empírico que realizamos, sabemos que la cantidad de estos insignes trabajadores representa menos del 5% de la muestra, de los cuales sólo la mitad no son pobres. Es decir suponiendo que todos ellos eran

7

Estos son, como se verá en el cuerpo del estudio, los correspondientes al tipo cultural que denominamos como los "Movilizados".

pobres antes de pasar por nuestro estudio, los que han salido de la pobreza por propio esfuerzo (y a un costo afectivo y humano enorme, por lo demás) constituyen exactamente la “cola derecha de la distribución del esfuerzo”, es decir 2,5% de los más esforzados del país⁷.

La cultura considerada como causa de la pobreza, pretendiendo que desde allí se le puede superar, sólo alcanza a una minoría. Las actitudes que logran sacar de la pobreza o, caso contrario, eternizar en ella desde una perspectiva individual, sólo tienen alcance de excepción a la regla.

Desde una perspectiva social, la forma de cambiar las actitudes para salir de la pobreza tiene lugar si primero cambian las instituciones y el entorno material, por medio del cual la sociedad asigna los incentivos a sus miembros. Mantenernos en la restringida hipótesis de que es la cultura la variable explicativa de la pobreza, supondrá condenar a la mayoría de los venezolanos, y de los pobres de la tierra, a una condición que desde su propio esfuerzo no alcanzarán a superar.

Esta perspectiva a lo más que alcanza es a tranquilizar las conciencias de los no pobres, ya que desde ella resulta fácil justificar la pobreza.





LO QUE DICEN LOS RESULTADOS

Si nos pidieran que diésemos, de la manera más sintética posible, los resultados descriptivos de un estudio que abarcó a más de 13.000 hogares venezolanos, diríamos que para la fecha en que terminaron de recopilarse los datos, es decir el año 1998 (sin olvidar sus verificaciones durante el año 2000 por medio de estudios similares pero acotados a espacios sociales específicos), de los 12.842.263 venezolanos mayores de 18 años que estimamos en la encuesta, 4.668.986 fueron calificados por los datos y los procesamientos estadísticos utilizados como individuos que reportaron tener actitudes modernas, de los cuales un 51,2% de ellos pertenecían a hogares en situación de pobreza, es decir, sólo cuatro puntos porcentuales menos del total de hogares pobres en el país.

Lo primero que debe destacarse de este resultado es que sólo 4 de cada 10 de los entrevistados calificarían como modernos. Ese resultado no constituye, necesariamente, un obstáculo para el desarrollo del país o de oportunidades para superación de la pobreza, sino que es la consecuencia en parte de la pobreza y, en parte, del modelo de desarrollo que ha tenido lugar en Venezuela.

Decimos que la explicación de que las actitudes no modernas estén presentes en el 63,64% de los venezolanos adultos, sólo en una parte es producto de la pobreza, por el hecho de que la mitad de los “no modernos” son a su vez “no pobres”. Es decir, ellos no han sido víctimas de la pobreza y, en consecuencia, sus actitudes no modernas deberán ser el resultado de procesos sociales que no están vinculados necesariamente con la ubicación socioeconómica y el acceso diferenciado que ello permite.

Revisando con algún detalle esa asociación entre estrato socioeconómico y actitudes modernas nos encontramos algunos resultados sorprendentes. En el cuadro que se presenta a continuación se puede observar como, ciertamente, en la medida en que descendemos en la escala socioeconómica, desde los grupos más ricos “A” hasta los más bajos “E”, la proporción de la población ubicada en ese estrato que reporta actitudes “no modernas” también aumenta. De un 50% de actitudes no modernas en el estrato social más alto “A”, hasta un 67,7% en los grupos de pobreza extrema o más severa “E”.

Distribución porcentual de la población por actitudes modernas y no-modernas según estrato socioeconómico

TOTAL	Estrato	E	D	C	B	A
TOTAL DE HOGARES						
TIPO DE ACTITUDES	100,00	14,3	40,9	30,7	12,1	2,0
NO MODERNAS	63,64	67,73	65,85	63,71	53,36	50,36
MODERNAS	36,36	32,27	34,15	36,29	46,64	49,64
TOTAL	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00	100,00

Si bien, la tendencia se corresponde con lo que cabría esperar de la asociación entre nivel socioeconómico y actitudes modernas (inversamente proporcional), es muy significativo que hasta un 50% del 2% más rico del país, tendría unas actitudes similares a los individuos en situación de pobreza. El hecho de que la mitad de las *elites* socioeconómicas en Venezuela tengan creencias productivas que devienen en actitudes discordantes con la modernidad, no sólo representa el hallazgo más novedoso del estudio, sino que reclama una explicación.

Lo primero que debemos despejar es si esto es una particularidad venezolana o pueden encontrarse situaciones similares en otros países de la región. Desde lo que fue esta forma de medir las actitudes modernas en la población, obviamente no podemos tener la respuesta hasta tanto una encuesta similar pueda realizarse en otros países latinoamericanos. Algunas aproximaciones al tema sugieren que efectivamente la propensión modernizadora de las *elites* de la región no es precisamente de las mayores. Debe tenerse presente que esta es una región del mundo donde el clientelismo es la forma de adhesión política privilegiada y, en consecuencia, donde la relación de sumisión entre el dominante y el dominado, se enmarca dentro de la estructura populista de base utilitaria. Ello también se corresponde con el hecho de que esta es la región del mundo en la cual la distribución del ingreso es más desigual, creando con ello condiciones objetivas para la dominación política basada en la desigualdad y, por lo tanto, de actitudes no modernas que tienden a proyectar la desigualdad social en desigualdad política y frente a la ley.

Una *elite* no moderna, o que mayoritariamente no lo sea, además de ser una pésima noticia para los grupos en pobreza, dado que sus *elites* no propiciarán un desarrollo social y económico incluyente, puede que no sea una exclusividad del caso venezolano. De hecho, disponemos de algunas evidencias indirectas que muestra que nuestras *elites* son notoriamente poco modernas.

El trabajo de Trompenaars y Mampden-Turner⁸ demuestra (utilizando algunas de las categorías parsonianas, que también fueron utilizadas por nosotros, para clasificar las actitudes de los entrevistados⁹) como Venezuela y específicamente las *elites* de nuestro país, se sitúan por debajo de lo que son sus pares latinoamericanos, en lo que a las actitudes modernas se esperaría de ellos¹⁰.

Como se desarrolla en el cuerpo de este trabajo, lo que explica que la mitad de los grupos socioeconómicamente altos muestren actitudes poco modernas, tiene que ver con el papel que cumplió el Estado en la conformación de la Venezuela moderna. En todos los procesos de modernización del continente, fue crucial el papel del Estado como agencia propulsora de la modernidad. Sin embargo, el Estado venezolano no sólo jugó ese papel como correa de transmisión entre el ingreso fiscal petrolero pagado por las economías desarrolladas y las fuerzas productivas domésticas, sino que además ese proceso de asignación de recursos se hizo con alto grado de autonomía, dado que el Estado no dependía de las fuerzas económicas internas para adelantar su proyecto de transformación social.

La lógica de asignación de recursos de un Estado petrolero y bajo un proyecto de modernización como el venezolano, no guarda relación con la lógica distributiva del mercado. Precisamente como la asignación de excedente de las rentas no tiene justificación económica en cuanto a la participación de los factores en el proceso productivo, su distribución es discrecional y, en consecuencia se ajustará a criterios particularistas difíciles de reconciliar con los patrones de una sociedad moderna cuyos ingresos dependen o están sujetos a la ética pública que se desprende de la responsabilidad individual de cargar con las consecuencias de la propia acción o, dicho coloquialmente, una forma de retribuir o castigar socialmente según la máxima de “quien la hace la paga” o “quien lo produce lo consume”.

Un Estado petrolero distribuidor realiza asignaciones que no requieren justificaciones sino ficticias o aparentes. Así se denominan “créditos blandos” a lo que fueron evidentes procesos de privatización de la renta petrolera, “dignificación del salario” a la sobreremuneración de los factores productivos o “estímulos a la productividad” a las entregas de subsidios o subvenciones, la exoneración de impuestos y la contratación de deudas públicas, bajo el supuesto del desarrollo de una mayor productividad futura.

8

Trompenaars y Mampden-Turner, *Riding the waves of culture*. Understanding diversity in global business, Mc Graw Hill, New York, 1998.

10

Trompenaars y Mampden-Turner, Ob.Cit, p.34 - 43, 168 y ss.

9

Nosotros clasificamos las actitudes de los entrevistados partiendo de tres dimensiones. Una primera psicosocial, que pretende evaluar las actitudes de los individuos en razón del grado de **control sobre la realidad**, otra social, para la cual utilizamos las **variables-pautas de Talcott Parsons** y, como tercera dimensión, una sociopolítica que midió el **grado de confianza** entre las personas y hacia las instituciones. Con estas tres dimensiones se construyeron los “tipos culturales” desde los cuales estudiamos la relación entre pobreza y cultura.

Si bien esas dimensiones y los tipos resultantes son explicadas en el texto, queremos hacer notar brevemente que una de las dimensiones, a nuestro juicio, fue determinante en el estudio. Nos referimos a la dimensión social y su caracterización a partir de lo que Parsons describió como las cinco definiciones que hace todo individuo a la hora de establecer una interacción con otros individuos.

Las variables-pauta, o la forma como los individuos deciden el modo de relación y de evaluación de objetos, situaciones o personas, son las siguientes:

a. Universalismo vs. Particularismo: en una sociedad moderna se cree que “lo que es bueno y correcto se puede definir y se aplica siempre para todos”. En una sociedad no moderna, las reglas y las normas sociales no se aplican igual para todos sino en razón de la situación específica y del individuo concreto de que se trate;

b. Individualidad vs. Comunidad: en una sociedad moderna los intereses que prevalecen en las decisiones de los individuos hacia los espacios de los grupos de que forman parte, son los intereses de la comunidad o el grupo;

c. Neutralidad vs. Afectividad: la interacción en de una sociedad moderna, en ámbitos no privados, no expresa las inclinaciones emotivas o impulsivas de los individuos, por el contrario tienden a ser medidas por el ámbito de interacción. Los deseos de gratificación inmediata, por ejemplo, son posibles de ser pospuestos en razón de la oportunidad social de que ella sea mayor o correcta en el futuro;

d. Especificidad vs. Difusividad: cuando una persona está implicada en una relación de negocios, por ejemplo, lo hace restringiéndose al ámbito de la relación comercial o incorpora en esa relación otros aspectos de su vida personal, incluyendo su vida privada, gustos y emociones. Si hace esto último, está actuando sin especificidad en la relación, lo cual no es propio en una sociedad moderna que tiende a la especialización de las tareas, los espacios y los tiempos;

e. Desempeño (logro) vs. Adscripción: en una sociedad moderna cuando se va a desempeñar o contratar una tarea o un trabajo, lo primero que se le pregunta al candidato es ¿Qué estudió? ¿Qué experiencia tiene? En una sociedad no moderna la primera pregunta es ¿Dónde estudio? ¿Para quién trabajó? (Talcott Parsons, *The Social System*, Free Press, New York, 1951, p. 48-76-98-183-189).

Cada sociedad se distingue de otras por el modo como selecciona sus soluciones para sus problemas específicos. Por lo tanto no existe una forma correcta de escoger la forma de interactuar en el marco de las alternativas propuestas por las variables - patrón, ello dependerá del tipo de sociedad del que se trate y de los problemas específicos a los que se enfrenta. La selección “particularismo - individualismo - afectividad - difusividad y adscripción” no se corresponde con el tipo de problemas a los que se enfrenta y plantea una sociedad moderna, pero son plenamente funcionales, para una sociedad no moderna o “tradicional” en lenguaje parsoniano.

Cuando no la pura y simple corrupción, fue el paternalismo estatal que supuso para trabajadores y empresarios esta forma autónoma y política de la distribución del ingreso, que impidió el desarrollo de actitudes modernas frente al hecho productivo en las *elites* del país. De esta manera, la relación entre el Estado y la sociedad en Venezuela, y sus consecuencias paternalistas, la cual es ampliamente aceptada por la población, es un ejemplo de como las condiciones materiales e institucionales condicionan las actitudes productivas de la población.

Lógicamente, hoy, cuando el ingreso fiscal petrolero es menos de la mitad de lo que fue en términos reales a finales de los años setenta, cabe preguntarse por qué aún sigue teniendo consecuencias sobre las actitudes de las *elites* una manera de distribuir el ingreso que cada vez es menor por el simple hecho de que la renta petrolera es menor en términos relativos. Aquí la tesis de los rezagos que tienen los mapas culturales de la gente en relación a la velocidad de cambio de la vida material, puede ser una explicación satisfactoria¹¹.

En general la hipótesis de los rezagos históricos de la región, desde el intento por transformar las sociedades republicanas independientes hasta el presente, puede ayudar a explicar desde una perspectiva latinoamericana el problema de la baja modernidad de nuestras *elites*¹². Sin embargo, para el caso venezolano, ese adicional de pre-modernidad que refleja el estudio comparado de Trompenaars y Mampden-Turner, se debe a la particular relación Estado-sociedad civil que tiene lugar en Venezuela a consecuencia de ser un país petrolero donde el Estado ejerce la propiedad pública del recurso petrolero¹³ para dinamizar una peculiar forma de modernización.

En resumen, y a diferencia de lo que cierta literatura criolla sobre el tema ha supuesto recientemente (de la cual da cuenta el cuerpo del trabajo), el problema desde el punto de vista del desarrollo no es que los sectores en pobreza sostengan actitudes no modernas. Eso es lo esperado, si se tiene en cuenta la perspectiva de lo cultural como resultado, como una consecuencia de la vida material e institucional. Lo verdaderamente trágico es que las *elites* del país no sean modernas, porque con ello, desde la perspectiva de lo cultural como causa, se coarta la posibilidad de que se diseñen y surjan instituciones modernizadoras para el desarrollo del país¹⁴.

11

Ronald Inglehart, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Siglo XXI, Madrid, 1991.

12

El rezago histórico también explica por qué la actividad petrolera en países como Venezuela, produjo efectos sociales diferentes a los ocurridos en Noruega o cualquier otro país donde la actividad petrolera encontró una sociedad moderna. La cultura venezolana anterior al petróleo no permitió realizar la distribución según reglas institucionales racionales, sino usando cualesquiera reglas y la violación de ellas para enmascarar mecanismos clientelares en la relación Estado-sociedad.

13

Para entender por qué la relación entre Estado petrolero y sociedad civil tiene una consecuencia particular, siempre y cuando el Estado ejerza el derecho de propiedad pública, tal y como ocurre en el caso venezolano, véase Bernard Mommer, "La Política Petrolera del Sector no Petrolero", pp. 37 a 42, en *Pobreza: un mal posible de superar*, Resúmenes del Proyecto Pobreza, UCAB-ACPES, Vol. 1, Caracas, 1999.

14

Una disertación sobre la cultura como obstáculo para el desarrollo visto desde el papel que tienen las *elites* en la conformación de las instituciones modernas del país, puede verse en Raúl González, *Sobre el estado del Estado en Venezuela. ¿Se opone la cultura de los venezolanos a la modernidad del país?*, Idefec, Caracas, 1997.

Si bien lo que diremos a continuación no formaba parte de los objetivos de este estudio, sino que más bien probablemente formaba parte de sus supuestos, no obstante la evidencia empírica de la homogeneidad cultural en Venezuela, puede ser importante en momentos en los cuales el país se auto-percibe fuertemente dividido y desintegrado.

Es absolutamente cierto que con el cierre de los procesos de movilidad social ascendente que ha vivido el país a consecuencia de una prolongada recesión económica que en promedio alcanza unos 25 años, los espacios de intercambio o conexión entre los estratos sociales son cada vez menores. La base policlasista que sostuvo el régimen político y, entre otros, los sentimientos igualitaristas del país, hoy está bastante deteriorada, con lo cual las personas de distintas clases sociales se perciben como ajenas, cuando no como enemigas o, al menos, sujetos de mutua desconfianza.

Desde el punto de vista de las actitudes productivas que aquí estudiamos, esa brecha infranqueable con que los pertenecientes a los distintos grupos socioeconómicos se están viendo, pareciera no tener asidero en las creencias que sostienen las actitudes medidas por nuestra encuesta. Cuando existe una probabilidad de hasta un tercio de que un venezolano de estrato social alto, paseándose (hipotéticamente) por un sector popular cualquiera del país, se encuentre con su “par cultural” y, todavía mejor, cuando esa probabilidad llega al 50% si es el pobre con actitudes no modernas el que se pasea por una urbanización o centro comercial del “este de Caracas”; es que las creencias entre grupos sociales suelen permear con facilidad por los estratos socioeconómicos del país.

Esta realidad la conocen, siquiera intuitivamente, las gerencias de mercadeo de las empresas de productos de consumo masivo del país. Probablemente la peor estrategia publicitaria que pueda tener una marca comercial es pretender diseñar “mensajes para pobres” distintos a lo que son los mensajes comunicacionales promedio de la empresa. Así mismo, sorprende la cantidad de figuras, costumbres, personajes, modismos y estéticas que se suponen originadas en los “sectores populares” y que tienen tanta aceptación por parte de grupos sociales disímiles, al punto de que tales mensajes terminan por convertirse en referentes globales de la nación.

Lo anterior nos habla de una homogeneidad cultural que permite que esos trasvases ocurran frecuentemente en múltiples ámbitos de la vida social aun cuando la segmentación y la desintegración social producto de la prolongada recesión económica, haya sido capitalizada y exagerada por doctrinas políticas y posturas religiosas, incluso, a lo largo de todos estos años de cambio en el país.

Quizás una de las diferencias socioculturales que permanentemente se pretendían establecer en el país y que este estudio puede, desde el punto de vista de las actitudes que evalúa, desmitificar sustantivamente, se refiere a las diferencias por regiones del país¹⁵. ¿Será cierto que existen diferencias actitudinales entre los andinos y los orientales? ¿Son los maracuchos o los centrales los más modernos? Finalmente, ¿existe evidencia para afirmar que cada región del país tiene un modo de ser que lo potencia o lo restringe para el desarrollo socioeconómico?

Del mismo modo que las diferencias socioeconómicas, las regionales, si bien existen, no son suficientes como para evidenciar verdaderos regionalismos; sin embargo las regiones que reportan menores niveles de actitudes no modernas son los estados orientales y el Zulia, mientras que la región más moderna podrían ser los Andes. El centro del país, en particular la Gran Caracas, parece ser representativa del país o tiene un comportamiento similar a los resultados nacionales.

Tratar de explicar las diferencias observadas para cada región podría llevarnos a especulaciones que nos parece aventurado realizar, dado que en algunos casos creemos que la muestra puede tener unos niveles de error importante dado que, si bien se pretendió una representatividad a nivel de regiones a la hora de diseñar la muestra, el número de casos no es suficiente para indagar sobre los perfiles sociodemográficos o económicos que podrían dar cuenta de las diferencias observadas¹⁶.

En resumen, la homogeneidad cultural del país sigue constituyendo una ventaja desde la cual construir un proyecto de desarrollo que saque al país de la pobreza y el subdesarrollo en el que se encuentra. Esto es tan cierto que incluso luego de 25 años de empobrecimiento generalizado, el deterioro de la base material del país no parece haber deteriorado las similitudes actitudinales entre los grupos sociales y las regiones del país.

15

Evidentemente existen diferencias regionales que tienen que ver con costumbres y tradiciones, pero ellas en nada diferencian a sus habitantes desde el punto de vista de las actitudes que reportaron en el estudio.

16

Hay que tener en cuenta que además de los problemas estadísticos que pueden estar presentes a la hora de desagregar la muestra a nivel regional, también puede estar operando la variable socioeconómica de las propias regiones, más que las posibles diferencias regionales, tal es el caso de la región zuliana, donde el dinamismo de su capital, Maracaibo, contrasta con la pobreza de su municipio vecino Mara (uno de los más pobres del continente).



Si algo es compartido por las investigaciones sobre el tema de la pobreza, es la necesidad de abordajes multidisciplinarios. Por lo tanto, y aun cuando en este trabajo nos centramos en el estudio de los determinantes socioculturales de la pobreza, debemos advertir que las “causas” socioculturales no son las únicas variables que explican la pobreza, sino que, por el contrario, otras variables deben ser tenidas en cuenta, como las de naturaleza económica (producción y distribución de la riqueza); político-institucional (en la cual se engloban una gran cantidad de factores que van desde la eficiencia del Estado redistribuyendo ingresos, la prestación de servicios sociales y los sistemas de seguridad y protección social, hasta los sistemas de representación de intereses, los derechos civiles, la gobernabilidad y la estabilidad política); sociodemográficas (específicamente lo que tiene que ver con la estructura familiar y de edad de la población); geográficas (entendidas como las restricciones o ventajas de la naturaleza para la producción económica y el desarrollo de la vida humana); hasta, claro está, las condicionantes socioculturales.

Cada disciplina tratará de justificar el por qué la causa que investiga puede ser, o es, la más importante, aun cuando se reconoce la relación directa y mediada a través de otras disciplinas. La tentativa de privilegiar unas causas sobre otras puede deberse, entre otras, a las preferencias o “deformaciones profesionales” de los investigadores o especialistas.

Las personas normales y corrientes (observadores desprevenidos) también suelen tener sus “causas preferidas de la pobreza”. Ir bregando con este tema durante los últimos siete años, presentando y conversando en muchos y diversos ambientes, nos permite siquiera hipotetizar que cuanto más lejos se está personalmente del problema de la pobreza, cuanta más distancia se tiene con la vivencia de la pobreza, las personas suelen privilegiar más “como causas” los factores culturales. Frente a un auditorio mayoritariamente conformado por personas cuya interacción con personas concretas en situación de pobreza no pasa de episodios esporádicos, la provocadora afirmación: “los pobres no escogen ser pobres”, suele inducir reacciones en contra. De modo similar, quienes se encuentran más cerca de la pobreza, sin ser pobres, si bien suelen ser más “realistas” en la identificación de las causas, cuando se plantea que las creencias o la cultura pueden ser una causa de la pobreza, dicha hipótesis se abraza con facilidad y se ilustra con infinidad de ejemplos cotidianos. Curiosamente nunca un pobre sostendrá que sus creencias lo llevaron o mantienen en la pobreza. Para los pobres, el ser pobre ni les gusta, ni lo desearon, ni se lo buscaron.

Ricos y no tan pobres coinciden en que la cultura es una “causa” de la pobreza antes que una consecuencia. La sociedad moderna a la que perte-

necen les ha interiorizado la idea de “el que quiere puede” aunque efectivamente ello no sea así. Más aún, “si el pobre no escoge ser pobre”, entonces no existe la responsabilidad individual, dirán quienes sí creen en la supremacía de la voluntad personal.

Nuestro planteamiento, si ello no ha quedado claro en los apartados anteriores, es que la sociedad a la que se pertenece permite u obstaculiza lo que pueden ser las aspiraciones y deseos de superación personal, restringiéndolas severamente; si no, pregúntenle a un pobre.

Probablemente lo que ven nuestros observadores desprevenidos es el carácter circular que suele tener la relación entre las variables sociales. Lo que comienza siendo una consecuencia de sociedad termina convirtiéndose en una causa individual que impide la superación de la pobreza.

En razón de lo anterior, un trabajo que hace de los factores socioculturales la dimensión de la pobreza a estudiar y que además, como hemos dicho, pretende demostrar que la dimensión de la cultura como consecuencia es mucho más general que los ejemplos particulares que la ubican como causa, debe hacer mención a las causas no culturales de la pobreza. Entre otras razones, para no dejar sin explicación del fenómeno a los que están convencidos de que sí lo es.

Jerarquizar las causas multidisciplinarias de la pobreza no es una tarea fácil¹⁷. Tampoco ese ha sido el propósito de este trabajo. Sin embargo, vale la pena proponer una aproximación desde lo que sabemos sobre las causas de la pobreza en Venezuela.

Como puede que ocurra en muchos países de la región, las causas principales de la pobreza en Venezuela tienen que ver con cierta dinámica económica empobrecedora y un marco institucional que ha impedido revertir esa dinámica.

La tendencia de la pobreza en Venezuela de los últimos veinticinco años, muestra un país que –independientemente del cálculo y la metodología adoptada– ha incrementado sus niveles de pobreza total en más del doble y a más del triple los niveles de pobreza crítica.

En Venezuela la pobreza ha aumentado de un perfil que alcanzaba a menos del 25% de los hogares en 1978 a representar, para el año 2001, más del 60%. Por su parte, los niveles de pobreza crítica pasaron de menos del 10% a más del 30%.

Esta tendencia histórica de crecimiento de la pobreza registra picos de incremento muy importantes desde 1989 hasta

17

Un intento metodológico de jerarquizar distintas causas de la pobreza (o el desarrollo) puede encontrarse en: BID, *Más allá de la economía*, Washington, 1997.

18
BCV, cálculos propios.

19
INE, *Encuesta de Hogares por Muestreo*, varios años. Cálculos Propios.

20
Un estudio sobre las características del trabajo informal en Venezuela puede verse en: María Beatriz Orlando, "El Sector Informal en Venezuela ¿Plataforma o Barrera para la Superación de la Pobreza?", pp.61-90, en *Superar la Pobreza: El camino por recorrer*, Documentos del Proyecto pobreza, Vol. 2. UCAB-ACPES, Caracas, 2001.

el presente. Dichos aumentos se corresponden con los ciclos recesivos que la economía venezolana ha venido registrando, al menos desde 1989, los cuales se caracterizan por fases depresivas de la economía nacional –dada la imposibilidad de sostener el crecimiento económico– acompañadas por fuertes devaluaciones de la moneda propiciadas, entre otros, por *shocks* externos de ingresos, dada la altísima volatilidad de la economía venezolana por su dependencia de los precios del petróleo.

La economía venezolana muestra un pésimo desempeño durante el período 1979-2003, dado que en promedio muestra un crecimiento per-cápita negativo de 0.9%¹⁸. Ello se debe, entre otras causas, a que el país aún no ha logrado adaptarse a los cambios impuestos por el ajuste energético mundial de finales de los setenta, por un lado, y al agotamiento de la política de crecimiento económico de los años sesenta y la ausencia de una propuesta económica políticamente viable, que vuelva a hacer del crecimiento una realidad sostenida.

Una vez agotado el modelo de crecimiento económico hacia dentro –característico del modelo de desarrollo basado en la sustitución de importaciones– junto al fin de la estabilidad del mercado petrolero internacional a finales de los años setenta, la economía venezolana entró en una sucesión de ciclos recesivos caracterizados por la alta volatilidad que le confiere a nuestra economía la extrema dependencia que tiene el gasto público del voluble ingreso fiscal petrolero.

La devaluación, utilizada como mecanismo de ajuste fiscal cada vez que la expansión del gasto público se hace insostenible por la contracción de los precios del petróleo, se convierte en un mecanismo empobrecedor de toda la sociedad y en especial de los sectores que menos posibilidad tienen de proteger su ingreso, es decir, los asalariados, los trabajadores del sector informal y los desempleados.

El aumento de la pobreza en Venezuela está íntimamente relacionado con las condiciones del mercado laboral. La escasa demanda de empleos productivos (formales) ha hecho que entre 1990 y 2000 de cada 100 personas que ingresaban al mercado laboral sólo 12 encontraron trabajo en el sector formal de la economía¹⁹, con lo cual, el resto queda desempleado o subempleado en actividades de subsistencia propias del sector informal en Venezuela²⁰. La ausencia de crecimiento económico y la correspondiente baja generación de empleos formales han hecho que las oportunidades laborales en Venezuela sean muy pre-

carias. La estructura del mercado laboral, según cifras oficiales, ubica en condiciones de alta improductividad a 6 de cada 10 trabajadores (16,2% desempleados y 43,1% de informales en 2002)²¹, situación que tenderá a empeorar si la desproporción entre la oferta creciente de empleos²² y el escaso aumento de la demanda continúa.

Por lo anterior, salir del círculo empobrecedor de la economía venezolana requiere de una política económica exitosa de crecimiento hacia fuera (diversificación de las exportaciones) que pueda ser viable políticamente por medio de una concertación social, la cual el país no ha logrado cristalizar desde que se hizo evidente que los acuerdos políticos y sus contenidos son obsoletos para dar respuestas a las realidades presentes.

Llevamos al menos 25 años tratando de reencontrar la ruta de desarrollo perdida. De allí que lo que empezó como una crisis económica en 1979, fue derivando por la acumulación del deterioro del ingreso, en una crisis social, que ha terminado en una crisis política de estabilidad y gobernabilidad.

¿Por qué razón el país no logra ponerse de acuerdo sobre el modelo de desarrollo o proyecto nacional que permita el relanzamiento de la economía nacional para el logro del desarrollo humano y el fortalecimiento de las instituciones políticas democráticas?

Para responder a esta pregunta es posible que debamos volver a las variables socioculturales para encontrar algunas pistas. Pero antes, debemos revisar un último aspecto de los hallazgos encontrados en este estudio.

21

INE, Encuesta de Hogares por Muestreo. 2do. Semestre de 2002.

22

El aumento de la fuerza de trabajo en Venezuela se debe a tres factores. En primer lugar a factores demográficos que ubican en 3,5% el crecimiento de la fuerza de trabajo, en segundo lugar por la aceleración de la tasa de participación femenina estimulada por el deterioro de los ingresos y, en tercer lugar, por la incorporación temprana de jóvenes al trabajo a causa de la deserción y sus factores explicativos.



Hemos dicho que las creencias y los mapas interpretativos de que disponen los individuos para construir las actitudes productivas que aquí hemos estudiado, dependen de la interacción social y los espacios donde ella ocurre. De allí la importancia y la relación de las actitudes halladas con la variable socioeconómica, en tanto en cuanto esta última condiciona los espacios de interacción social.

El estudio predeterminó cinco grandes espacios de interacción social, los cuales constituyen las principales agencias de socialización de los individuos. La escuela, el trabajo, la familia, las asociaciones civiles o de interés y, dentro de ellas, las organizaciones religiosas, fueron definidos como los ámbitos sociales de los que dependen las actitudes productivas.

Correlacionamos las actitudes mostradas por los individuos con la información clave que caracterizaba las particularidades de las agencias de socialización a las que tuvieron acceso (es decir, qué tipo de escuela, trabajo, familia, etc.), y el resultado mostró que los mayores valores de correlación significativa se dieron con la familia, la escuela, las asociaciones y el tipo de religión. Veamos cada uno por separado.

La familia. Los individuos con actitudes más modernas provenían de familias de tipo nuclear, cuyos padres declararon tener una sola unión y donde los individuos podían reconstruir la historia familiar básica, al menos, hasta la tercera generación ascendente, es decir los abuelos maternos y paternos. La “típica” familia perteneciente al modelo de una sociedad moderna, estable en la relación de los padres y que reporta raigambre para sus miembros, resultó ser la familia que a sus hijos reporta mayores “garantías” de tener actitudes modernas.

No parece sorprendente que una familia cuyos padres son modernos críe a su prole con dichas actitudes. Lo que sí es llamativo es que la familia haya sido el principal agente de socialización de la modernidad en el país. No sólo es llamativo, sino que es una pésima noticia. Si la familia es quien más moderniza a los nuevos individuos, entonces el resto de las instituciones sociales no están haciendo su trabajo y, lo que es peor, no hay forma de romper la simple reproducción social que tiene lugar cuando **sólo el hijo de familia moderna es moderno**. Ello condena a no serlo a quien no tuvo “la suerte” de nacer en hogar moderno.

La escuela. Si bien, el hecho de que la familia sea la principal agencia de socialización moderna del país es una mala noticia, el que la escuela ocupe el segundo lugar, es una esperanza. Efectivamente cuando la escuela logra retener a sus miembros por encima del promedio educativo del país, es decir, más allá del séptimo grado de primaria, con cierto grado de independencia del nivel socioeconómico que se tenga, la escuela incorpora ac-

titudes modernas en los individuos. La educación media (y evidentemente los niveles superiores) discriminan a los modernos de los que no lo son.

Si nuestra escuela básica fuese de mayor calidad y si el país lograra masificar la educación media, es muy probable que esta institución fundamental para la modernidad cumpliera efectivamente su misión liberadora de romper la lógica reproductora que tiene lugar en la familia. Una escuela que sea capaz de incorporar las actitudes modernas que la familia no tiene, en razón de las actitudes predominantes presentes en los padres y el resto de los miembros, constituye la oportunidad social para que los nuevos ciudadanos puedan acceder a las creencias de la modernidad independientemente de donde les tocó nacer.

Por lo anterior, y esto es una exhortación para los educadores venezolanos que hacemos como consecuencia de los resultados de este estudio, la escuela nacional (en especial la pública) deberá acostumbrarse a trabajar en continua tensión entre la lógica familiar y la lógica institucional, entre la lógica de las relaciones que «naturalmente» surgen en las comunidades, los medios de comunicación, y que no siempre suponen construcción de solidaridades, y la vida moderna de la escuela. La lógica de la escuela incluso entrará en contradicción con cierta lógica familiar²³. En eso consiste su misión liberadora, en luchar contra la corriente de las creencias predominantes de una sociedad y unas familias desde las cuales sus alumnos no podrán ser todo lo productivos que necesitan ser para salir de la pobreza.

Las asociaciones. Si la escuela no puede hacer su trabajo, o lo hace incompleto, pues entonces queda la sociedad para complementar a la escuela. Lógicamente aprender a ser moderno, adquirir esas creencias, se vive con menor contrariedad y conflictividad si las creencias de la modernidad no deben ser contrapuestas a otras ya interiorizadas y provenientes de la pre-modernidad. Por ello, las enseñanzas de la escuela permiten el cambio cultural sin incurrir en demasiados grados de alienación. El individuo se siente menos “extrañado” de lo que sería si el proceso de incorporación de actitudes, diferentes a la de los padres y a la comunidad más inmediata, no fuera progresivo, lento y desde los primeros años de vida, como ocurre en la escuela.

Pero cuando el individuo no transitó plenamente por ese espacio o su socialización escolar fue incompleta, producto de

23

Cuando decimos que cierta “lógica familiar” es la que entrará en tensión con la escuela portadora y reproductora de modernidad, nos referimos a la familia donde la relación materno-filial produce una dependencia que llega a abarcar todas las esferas de la vida social, generando lo que se ha dado en llamar “matricentralidad”. Alberto Gruson y Verónica Zubillaga, “Venezuela: la Tentación Mafiosa”, en *Una lectura sociológica de Venezuela*, UCAB-FKA, Caracas, 2004.

problemas de calidad o de acceso, entonces la interrelación con instituciones y reglas modernas podría permitir suplir tales carencias. Las asociaciones de todo tipo, sean políticas, sindicales o gremiales, vecinales, ambientales, reivindicativas, culturales, deportivas y recreativas, pueden lograr en los individuos la incorporación de principios de actuación modernos en la esfera pública.

Efectivamente encontramos que en la medida en que se pertenece y participa en estos tipos de organizaciones, la probabilidad de encontrar actitudes modernas en los individuos es mayor.

El trabajo. En una sociedad moderna y de mercado, el ámbito laboral y su organización es la principal asociación a la que pueden pertenecer los miembros de la sociedad. El trabajo, especialmente en ámbitos formales, precisamente por su especificidad productiva, requiere de actitudes que se correspondan con las normas modernas de las que dependen para ser productivos y eficientes.

El trabajo puede socializar a los individuos para la modernidad. Reforzará lo transmitido por la escuela y las asociaciones a las que se pertenece, en la medida en que las tensiones entre los distintos ámbitos sean menores, producto de que los principios y creencias que regulan la vida moderna se han universalizado cada vez más. Sin embargo, cuando se está en pleno proceso de modernización, el trabajo puede ser incluso una agencia de socialización muy agresiva y globalizante, o en tiempos de recesión o estancamiento socioeconómico prolongado, auténticas islas a las cuales tienen acceso sólo los más aventajados de la sociedad.

No resulta descabellado sostener que en Venezuela el mundo laboral ha llegado a cumplir esos dos papeles. Sólo con hacer referencia a la Venezuela en que irrumpió la industria petrolera a comienzos del siglo XX y pasar revista a los datos demográficos y económicos de entonces, se intuye el inmenso cambio cultural que ocurrió a expensas de esa actividad productiva y la interacción del venezolano emigrante del campo para trabajar en los campos petroleros o en las casas comerciales e industriales que florecieron en torno a la actividad productiva del petróleo. Nos bastaría señalar la novelística de Miguel Otero Silva para aproximarnos a una cotidianidad donde el trabajo productivo, entre otros, cambió culturalmente al país.

Pero en la actualidad este no es el caso. Luego de 25 años de recesión económica y social, el mundo laboral moderniza poco a la sociedad. En términos comparativos, lo hacen más instituciones como la familia, la escuela o las asociaciones, como hemos visto. La razón fundamental, que a su vez llama a la realización de estudios especiales dirigidos a muestras de trabajadores de empresas grandes del país, consiste en que esos espacios de modernidad se han ido extinguiendo.

En una economía cuyo mercado laboral tiene una conformación en la cual el trabajo regulado por normas modernas es casi la excepción (recuérdese que la proporción entre sector formal de la economía y el resto sería de 3 a 10), resulta fácil comprender por qué el ámbito laboral no es que moderniza poco, sino que su alcance es absolutamente restringido. Los estudios hechos para este sector demuestran que la oferta de recurso humano moderno está muy por encima de la demanda que los establecimientos laborales formales realizan²⁴. Con lo cual su efecto modernizador sobre la sociedad es muy limitado.

El crecimiento económico sostenido y la formalización de la economía y los ambientes laborales, sin duda contribuirán al desarrollo de nuevos espacios de socialización modernizadora, con lo cual el ámbito laboral podría recuperar su papel como institución para el desarrollo e interiorización de actitudes modernas en los individuos.

La religión. Las creencias religiosas, en un 80% confesadas como católicas por parte de los entrevistados, no tienen una relación importante con la presencia o ausencia de creencias y actitudes modernas. Propiamente dicho, pertenecer a cierta religión no condiciona el tipo de actitudes modernas que se tienen, con lo cual no es cierto que si se es católico se es menos moderno a si se es protestante o a la inversa. Sin embargo, sí parece tener cierta correspondencia con la presencia de actitudes modernas el hecho de que la participación en grupos religiosos sea con una intensidad por encima del promedio.

Aunque con mucha menor intensidad que los otros cuatro espacios de socialización, pertenecer activamente a alguna Iglesia favorece la presencia de actitudes modernas.



24

El estudio realizado para cuatro grandes empresas del país demuestra que efectivamente su personal registra creencias y actitudes que están muy por encima del promedio nacional. Sin embargo, cuando se trató de constatar la "responsabilidad" de ellas en la difusión y capacidad de interiorización de ellas en sus trabajadores, por medio de la variación de dichas actitudes por antigüedad en la empresa, se llegó a la conclusión de que las actitudes modernas están presentes en sus trabajadores independientemente de los años que lleven en la empresa. Los trabajadores "llegan modernos" a estos empleos formales gracias a su pertenencia a familias modernas, su permanencia en la escuela o su participación en las organizaciones o asociaciones voluntarias de todo tipo. Las oficinas de reclutamiento de personal se ocupan de seleccionar el personal "que trae" esas actitudes. La forma como estas organizaciones afectan las actitudes modernas es que, en todo caso, la dinámica social de esos lugares de trabajo no entra en tensión con las normas de la modernidad que tienen los individuos seleccionados para ingresar a estas empresas y puede que hasta las refuerce, lo que probablemente no sea el caso del sector público, por ejemplo. Según lo anterior cabría pensar que en un escenario de crecimiento económico sostenido y formalización de la economía, los espacios laborales operen como una agencia socializadora más importante de lo que es bajo este escenario de recesión prolongada que tanto ha destruido tales espacios.

...Y ¿SON POSIBLES DE CAMBIAR?

No podemos dejar de advertir, como es lógico, cierta correspondencia entre los objetivos de desarrollo económico y social que constituirían la agenda para la superación de la pobreza en Venezuela y las repercusiones que su éxito tendría en el ámbito sociocultural.

Por lo que hasta aquí hemos desarrollado, la masificación de la educación media y, consecuentemente, el aumento en los años de escolaridad de la población, constituye una de las condiciones necesarias para incrementar el capital humano del país y permitir la sostenibilidad del crecimiento económico a largo plazo. También supondría una transformación de las actitudes de los venezolanos hacia la modernidad.

Tal y como hemos manifestado a lo largo de este ensayo, para nosotros las actitudes modernas son una consecuencia de la modernidad, no su causa. Los resultados obtenidos por el análisis de correlación entre las agencias de modernización confirman a su vez esa sentencia. En la medida en que se alcanzan metas de desarrollo, en nuestro caso oportunidades para la expansión de la demanda de trabajo formal, en esa medida se globalizan espacios donde “no queda más remedio” que adoptar actitudes modernas (si se trata de quienes no tuvieron la oportunidad de adquirirlas) o desarrollar las aprendidas en la escuela.

Por otra parte, el desarrollo humano, reducido para los efectos de este estudio al acceso y calidad de la educación formal, no solamente constituye una herramienta fundamental para la interiorización de actitudes modernas, sino que además es indispensable para que el crecimiento económico pueda sostenerse en el tiempo.

El fortalecimiento de la escuela y el trabajo convergen como instrumentos para el desarrollo no sólo económico sino también cultural. El cambio sociocultural y actitudinal no requiere de tareas diferentes a las que son necesarias para relanzar al país por la senda del crecimiento y la superación de la pobreza, sino que forman parte de la agenda de políticas públicas para el desarrollo y sus consecuencias.

Dicho esto, sólo nos queda responder a la interrogante que quedó planteada en el último apartado. Es decir, ¿por qué el país no logra ponerse de acuerdo para el relanzamiento de las condiciones que le permitiría avanzar en el proceso de supe-

ración de la pobreza y las consecuencias socioculturales esperables?

Llegados a este punto debemos referirnos al papel de las *elites* en este proceso. Entendiendo por *elites* y contra-*elites*²⁵ un concepto que va más allá de lo que podría ser la consideración restringida de la *elite* económica. Para nosotros, *elite* sería aquel grupo de personas que dirigen, confrontan, diseñan y construyen instituciones sociales en el país. Un amplio número de personas, que son las que constituyen las *elites* amplias, plurales y diversas propias de una sociedad democrática, tienen una cuota de responsabilidad mucho mayor en el trabajo de conformar y mantener las reglas sociales que el país requiere para su relanzamiento.

Si en algún lugar “la cultura como causa” tiene alguna significación es en la delimitación de ella y su consideración respecto al papel de las *elites*. Unas *elites* amplias y democráticas con actitudes modernas, facilitan y agilizan el cambio social. En una sociedad moderna o en trance de modernización es muy probable que las *elites* hayan tenido acceso a los bienes sociales (no sólo económicos) suficientes como para tener “siquiera como parte del deber ser” un mapa normativo de las relaciones sociales en una sociedad moderna. Sin embargo, para las *elites*, así como para el resto de los individuos de la sociedad, la posibilidad de actuar conforme al marco actitudinal que se dispone dependerá de las condiciones y oportunidades que las reglas sociales impongan. En todos operará un cálculo racional según el cual si resulta más rentable a la propia función de utilidad, actuar en contravención a dicho marco actitudinal, pues así se hará.

Las “*elites* conscientes”, de existir, poco o nada pueden hacer si las reglas institucionales escritas o no escritas funcionan para una fracción que tenga cómo impedir su transformación. Lógicamente, cuando los marcos institucionales ya son disfuncionales para la gran mayoría y no hay forma de sostenerlos, contar con “*elites* conscientes” y dispuestas a convertir en realidad sus marcos normativos, facilita el camino del cambio.

Las actitudes cambian por una de dos vías, que lejos de ser excluyentes resultan complementarias. Cambian por medio de instituciones que obligan a los individuos a comportarse de cierta y determinada manera (tal y como ocurre con sistemas programados, como el subterráneo de Caracas, el cual siempre ha sido una incógnita, además de sorprender el comportamiento de sus usuarios, incluso y especialmente, para el propio habitante de la ciudad); o lo hacen por medio de la educación.

25

Cada vez que mencionemos *elites* debe tenerse en cuenta que incorporamos a las contra-*elites*, dado que dejamos en claro que en nuestra acepción de *elites* (como amplias y democráticas) no solamente estamos incorporando o considerando a las dominantes, según sea la esfera política, económica o cultural, sino también a su competidora real o potencial, es decir las contra-*elites*.

El peso del cambio actitudinal para el desarrollo económico y humano de nuestros países es demasiado importante para dejárselo a la sociedad como parte de sus procesos y consecuencias naturales, aun cuando mayoritariamente dependa de ello. Hace falta que las *elites* amplias y democráticas del país contribuyan a la creación de instituciones, reglas e incentivos que procuren la masificación de las actitudes productivas que requerimos para salir de la pobreza. Como afirmamos, con cierta sencillez, el problema no es la ausencia de actitudes modernas en los sectores en pobreza, la tragedia es que las *elites* tampoco las tengan.

Resultará cuesta arriba para un país superar la pobreza si su dirigencia económica, social y política no pretende convertir en acuerdos y reglas institucionales sus actitudes productivas modernas por conveniencias de corto plazo; pero es todavía más difícil que pueda alcanzarse la aspiración a la modernidad si los sectores sociales de mayores recursos económicos ni siquiera tienen esas actitudes interiorizadas, tal y como es el caso en más de la mitad de nuestros ricos.

Aquí hemos planteado que las actitudes productivas son principalmente una consecuencia de los procesos sociales, por lo tanto, y atendiendo al carácter complementario que tienen las estrategias económicas e institucionales para la superación de la pobreza, para con los procesos de cambio sociocultural, podríamos concluir que todo lo que se haga desde la educación para contribuir a fraguar una cultura que enfrente y venza la pobreza, y en procura de la formación y fortalecimiento de instituciones que se correspondan con los principios de la modernidad, en esa proporción se crearán las condiciones desde “lo cultural” para que las políticas para superar la pobreza dejen de “arar en el mar”.

Cumaná, 21 de mayo de 2004

Luis Pedro España N.

Coordinador del Proyecto de estudio sobre la Pobreza en Venezuela



PREFACIO

El presente trabajo está compuesto de dos partes. La primera parte expone los resultados de una encuesta realizada a escala nacional por el Proyecto Pobreza con el fin de explorar y analizar los valores y creencias de las personas sobre el cambio social y el hecho productivo. Las variables que se investigaron en esta encuesta fueron diversas. Sin embargo para este trabajo consideramos dos grupos. Por un lado, las variables socio-demográficas que ayudan a describir y clasificar al entrevistado y, por otro lado, un conjunto de ítems para averiguar aquellos valores y creencias que tienen las personas sobre asuntos como la confianza hacia las instituciones y las instancias de representación social, la capacidad de vincular la acción individual con las condiciones circundantes y las preferencias valorativas que ayudan a discernir el mundo personal e íntimo del mundo público y formal.

El tratamiento de estos temas busca explorar a escala individual la relación entre estas orientaciones valorativas y la situación socioeconómica de las personas. En principio se espera que aquellas personas con tendencias a un alto control sobre las situaciones, la confianza y una clara diferenciación entre los ámbitos personales y públicos, presenten una mejor condición material y social en su vida siendo que estas orientaciones permiten el

desarrollo de aptitudes productivas. Por lo contrario, aquellas personas que muestren un escaso control de las situaciones, desconfianza y preferencias por los valores asociados a los espacios personales deberían presentar condiciones más deficientes en su calidad de vida pues se supone que tendrían más problemas para insertarse productivamente en la sociedad.

Haciendo uso de los resultados de esta encuesta se diseñó una tipología cultural que clasificó a las personas en seis grupos. Esta tipología es el principal pivote sobre el cuál se hace el análisis de este trabajo a través de su relación con otras variables como el estrato socioeconómico, el nivel educativo, el centro poblado, el origen familiar y otras. Con el objeto de ponderar el peso de estas variables en su relación con la tipología cultural se calculó, haciendo uso de técnicas factoriales y métodos de correlación, la relación lineal entre éstas y los tipos culturales. Luego dentro de cada uno de estos tipos culturales se llevó a cabo un análisis factorial y una clasificación para identificar cuáles son los grupos homogéneos que conforman cada uno de los tipos culturales. Esta primera parte cierra con las conclusiones arrojadas por el análisis de los datos. A la luz de estos resultados, nos queda una interrogante: ¿Cuáles son las condiciones sociológicas que enmarcan la producción de estos valores y creencias en Venezuela?

La segunda parte del trabajo reflexiona sobre esta interrogante. Al momento de analizar la relación entre las condiciones de vida de las personas y sus orientaciones actitudinales se encontraron algunas inconsistencias que nos llevaron a reflexionar más allá de la información arrojada por los datos en vista de que los supuestos sobre la relación entre orientaciones actitudinales y condiciones de vida se cumplen pero de manera débil. El primer punto que abordamos en esta parte es el examen sobre el funcionamiento de una sociedad moderna y sus campos: el socioeconómico, el político-institucional y el cultural. Estos campos son luego considerados en un contexto particular: la Venezuela empobrecida de los últimos 25 años.

Se hace énfasis en la democracia como la expresión político-institucional de una sociedad moderna pues la evidencia histórica en Venezuela nos ha señalado que el problema llega a los

cimientos mismos de la convivencia democrática. No obstante, por la naturaleza del trabajo, se presta particular atención al campo cultural. En este tópico, la reflexión requiere mayor detenimiento. Tomando en cuenta que uno de los problemas para abordar la relación entre condiciones culturales y condiciones sociomateriales es la indefinición de cultura, uno de los primeros pasos es entonces precisarla. De este concepto, y considerando sólo una de las expresiones de la cultura como lo son los valores y las creencias que son el tema principal de la encuesta, se propone brevemente un marco teórico que permita tender ese puente entre pobreza y mundo sociocultural. De la reflexión se destaca la diferenciación que hay entre los niveles individuales de interacción social y los ámbitos sociales donde se configura lo social, siendo que tienden a confundirse y donde las instituciones juegan un papel clave al momento de configurar orientaciones y conductas. Ello nos permite formular algunas críticas a un conjunto de mitos de uso común que existen cuando se habla de la relación entre pobreza y cultura, sobre todo aquellos que atribuyen la pobreza a factores culturales.

De la misma manera, la reflexión sobre la configuración de lo social da lugar a repasar lo que ha sido la historia institucional de la Venezuela del siglo XX marcada por el rentismo y el populismo. Estos temas han sido ampliamente debatidos en la literatura política e histórica sobre Venezuela. No obstante se hace un apartado para ponderar la responsabilidad de las *élites* en la crisis venezolana y el rol de éstas en la promoción del cambio. Para ello nos apoyamos en un estudio que entrevista a líderes del sector público y del privado con el fin de explorar sus “mapas mentales” cuyos hallazgos nos dan pie para ahondar en el tema.

Tejiendo estas ideas, nos encontramos que el concepto de desarrollo que entrañó el rentismo y el populismo presentaba una gran contradicción con la aspiración de la sociedad venezolana a la modernidad: aquellos encierran una actitud pasiva frente al cambio preñadas de valores particularistas que no corresponden con los postulados de la modernidad. No son afirmaciones nuevas pues muchas de ellas han sido desarrolladas en ensayos sobre la Venezuela contemporánea. Simplemente son

nociones reelaboradas tomando en cuenta el tema de la pobreza y los resultados de la encuesta. A pesar de esta contradicción, algunos nichos de modernidad fueron desarrollados en el seno de Venezuela. En otras palabras, se logró una modernidad dispareja principalmente orientada hacia lo privado y de espaldas hacia lo público. Estos nichos, que no son pocos, pueden tener un rol de capital importancia en el desarrollo productivo de Venezuela.

Como parte final del estudio se presentan un conjunto de conclusiones que contienen, primero, las ideas que subyacen en la pobreza de la sociedad venezolana y, segundo, un conjunto de propuestas generales con miras a lograr un cambio sociocultural que apuntale orientaciones más cónsonas con una sociedad moderna y productiva. El trabajo cierra con unos anexos metodológicos y estadísticos que complementan la primera parte, así como con las referencias bibliográficas de rigor.

Tito Lacruz

Investigador del Proyecto Pobreza

Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la UCAB

